



GIOVANNI NUCCI
LAS AVENTURAS
DE ULISES

Siruela

LAS AVENTURAS DE ULISES

GIOVANNI NUCCI

GIOVANNI NUCCI

Las aventuras de Ulises

Traducción del italiano de
Isabel González-Gallarza

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: septiembre de 2019

Título original: *Le avventure di Ulisse*

© Giovanni Nucci, 2004, 2019

Esta traducción se publica de acuerdo con Anna Spadolini Agency (Milán)

Colección dirigida por Félix García Moriyón

© De la traducción, Isabel González-Gallarza Granizo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-10-9

Conversión a formato digital: María Belloso

HABÍA MIL NAVES GRIEGAS

ULISES Y PENÉLOPE

Había mil naves griegas surcando el mar Egeo, rumbo a Troya, para rescatar a Helena. Estaba a punto de empezar la batalla más grande de todos los tiempos.

Al mando de estas mil naves había cincuenta capitanes, cincuenta reyes. En una de esas naves, pongamos la número trescientos noventa y tres, había un capitán. Da igual qué número fuera este capitán, lo importante es que su nombre era Ulises, el rey de Ítaca.

Ulises estaba en la proa de la nave contemplando el mar color vino y pensando que a él no le apetecía nada ir a Troya. A diferencia de muchos de los otros cuarenta y nueve príncipes griegos, él no tenía ganas de combatir en esa guerra.

Ulises también pensaba que, en realidad, todo había sido por su culpa.

Pero quizá sea mejor empezar desde el principio, aunque no resulte fácil determinar cuál es el principio.

Efectivamente, que todos los príncipes juraran que protegerían a Helena había sido idea de Ulises. Él estaba acostumbrado a solucionar problemas bastante difíciles, y había solucionado también ese.

Como a menudo ocurre, también esta vez los dioses tenían algo que ver en todo aquello.

Y cuando es así, las cosas se vuelven más complicadas. ¿Por qué? Pues porque con los dioses nunca se sabe cuál es el principio.

Zeus se enamoró de Némesis. Zeus era el señor de los dioses, el más poderoso. Némesis, en cambio, era la diosa de la justicia y de la venganza. Zeus se enamoró de Némesis y ella escapó para que no la atrapara. Para huir se transformó en una oca y se marchó volando. La pobre Némesis hacía lo que

podía.

En cuanto a Zeus, estaba decidido a perseguirla por todo el universo. Y eso fue lo que hizo. Para conseguir alcanzarla se transformó en todos los animales del mundo, uno por uno adoptó la forma de todos. Se convirtió en cebra, serpiente, león y faisán; se transformó en rinoceronte, leopardo y buitre; en todos los peces y en todos los pájaros. Pero Némesis seguía huyendo, no había forma de atraparla. Así continuaron durante muchísimo tiempo: Némesis huía y Zeus la perseguía. Era una de las cosas que más le gustaban a Zeus: perseguir a las jóvenes, a las diosas o a las ninfas. Esta vez la persecución duró hasta que Zeus se transformó en un cisne blanco. Entonces Némesis dejó de huir.

Por fin Zeus y Némesis se amaron.

Némesis puso un huevo de plata. De ese huevo nació Helena. Era tan bella que al verla uno se quedaba sin respiración.

Quizá el principio de esta historia fuera exactamente este, cuando Zeus se enamoró de Némesis y juntos tuvieron a Helena, que era la mujer más bella que había existido jamás.

Ulises y Helena se conocieron cuando esta era todavía joven y Tíndaro le buscaba marido. Tíndaro era el padre adoptivo de Helena, y era también el rey de Esparta. Decidió que había llegado el momento de buscarle marido a su hija, y el asunto lo tenía bastante preocupado.

Helena sería la reina de Esparta, y por lo tanto su marido sería el rey. Y esto ya era motivo suficiente para estar preocupado. Porque en los tiempos de Tíndaro —y, a fin de cuentas, también en los de ahora—, no era nada fácil encontrar un buen rey.

Para empezar hacía falta un príncipe. Por eso a Tíndaro se le ocurrió que mandasen llamar a todos los príncipes casaderos que hubiera en Grecia.

Pero Helena solo podría casarse con uno de ellos.

¿Y cómo se tomarían todos los demás no haber sido los elegidos? Esto era lo que tanto preocupaba a Tíndaro. Helena era tan bella y tan fascinante que quizá intentarían raptarla. Lo cual no sería muy agradable, ni para Helena, ni para su futuro marido. Además, cuando era niña, a Helena ya la habían raptado una vez. Estaba claro que era una persona propensa a que la raptasen. Aquella vez habían ido a rescatarla Cástor y Pólux, sus hermanos gemelos. Aunque esa

es otra historia. Pero aunque fuera otra historia, Tíndaro estaba cada vez más preocupado.

Llegaron entonces los príncipes griegos: eran muchísimos y todos tenían nombres muy difíciles, pero de poco serviría que os los dijera todos.

Ulises, esto sí hace falta decirlo, era el más inteligente de todos los príncipes que llegaron al palacio del rey de Esparta. Y de hecho enseguida se dio cuenta de que la situación era bastante complicada. Comprendió que Helena era bellísima, pero le esperaba un destino lleno de dificultades. Comprendió que Tíndaro no sabía cómo salir de ese atolladero, y comprendió también que Helena les causaría a todos un montón de problemas.

Para empezar, Ulises, al contrario que todos los demás príncipes griegos, no se enamoró de Helena, sino de su prima Penélope. Me refiero a la prima de Helena. Bueno, el caso es que Ulises no se enamoró de Helena.

Nadie sabe por qué uno se enamora de una persona y no de otra. Y nadie, a menos que sea tonto de verdad, intenta entender por qué ocurre esto. Pues detrás de todas estas cosas está Eros, y Eros es el dios más poderoso. Más poderoso incluso que Zeus. Y a los dioses nunca hay que tratar de explicarlos. Pero esa es otra historia.

Y en la historia que nos ocupa, a Ulises se le ocurrió una idea muy buena.

Estaba reflexionando sobre la manera de conquistar a Penélope, que dicho sea de paso no era tan bella como Helena, pero tenía una carita de lista que al bueno de Ulises le había hecho perder la cabeza. Bueno, el caso es que pensó que para conquistar a Penélope podía pedirle ayuda a Tíndaro que, al fin y al cabo, aparte de ser el tío de Penélope, era también el rey. A menudo, en estas situaciones, eso suele ser de gran ayuda.

—¡Tíndaro! —le dijo Ulises—. En buen lío te has metido. No me gustaría a mí encontrarme en la situación de dar como esposa a una hija tan bella como Helena.

—¿Verdad que es un problema? —Tíndaro sacudía la cabeza de un lado a otro, absorto como estaba en sus preocupaciones.

Ambos permanecieron un momento en silencio.

—Pero esa que está jugando a la pelota con Helena... —preguntó por fin Ulises—, ¿sabrías por casualidad quién es?

Ulises le dijo a Tíndaro que si lo ayudaba a casarse con Penélope le

indicaría la manera de salir del aprieto en el que se encontraba. Tíndaro, como ya habrá quedado claro, no deseaba otra cosa.

Fue entonces cuando a Ulises se le ocurrió la idea del pacto. Y fue precisamente eso lo que desencadenó la mayor batalla de todos los tiempos.

Ulises aconsejó a Tíndaro que obligara a todos a hacer un juramento: una vez que Helena se hubiera casado, si alguien la raptaba, los demás príncipes deberían ayudar a su marido a traerla de vuelta a casa.

A Tíndaro le pareció una idea en verdad buena. De esta manera, ninguno de los príncipes raptaría nunca a Helena. Pero —y aquí Ulises, como de costumbre, había estado genial— si a algún extranjero, por ejemplo, a un troyano, se le ocurriera la idea de raptar a Helena, todos tendrían que acudir en auxilio del futuro rey de Esparta.

Los príncipes, que habrían hecho cualquier cosa para poder casarse con Helena, dieron su palabra.

Tíndaro, que no tenía ya ningún motivo de preocupación, quiso que fuese Helena la que decidiera con quién quería casarse.

—Pónsela alrededor de la cabeza al príncipe con el que te quieras casar —le dijo, dándole una corona.

Helena vio a Menelao, que era guapo, joven y fuerte, y se enamoró. Y quiso casarse con él.

Tampoco en este caso podemos estar preguntándonos por qué Helena se tuvo que enamorar precisamente de Menelao. Ni podemos estar pensando que quizá, si se hubiera enamorado de uno un poco más listo, las cosas habrían sido diferentes. Pero sobre todo no podemos preguntárnoslo porque se trata de Helena, y da la casualidad de que Helena se enamoró varias veces en su vida, y cada una de esas veces se armó un lío tremendo.

Así funcionan las cosas: Eros hace que nos enamoremos, y luego todo lo demás ya es problema nuestro, tenemos que resolverlo nosotros mismos. Y no se puede hacer nada para que las cosas sean de otra manera.

Dado que Ulises había resuelto el problema de los príncipes y del rapto, Tíndaro mantuvo su promesa y le presentó a Penélope.

Penélope y Ulises se enamoraron enseguida y se amaron toda la vida. Y

desde el momento mismo en que se conocieron, supieron que sería así.

Ulises decidió que Penélope sería la mujer con la que pasaría toda la vida, el alma de su hogar, la madre de su hijo.

«Por ella», pensó Ulises en cuanto la miró a los ojos, «volveré. Pase lo que pase, volveré. Y ella sabrá esperarme».

Ulises y Penélope se casaron y decidieron ir a vivir juntos a Ítaca. Y hacia allá partieron, surcando el mar color vino.

EL RAPTO DE HELENA

Sentado en lo alto de un acantilado, en Ítaca, Ulises contemplaba el mar, preguntándose por qué los poetas dicen siempre que tiene el color del vino. A él, al menos ese día, le parecía más que nada azul.

Ulises se sentía muy feliz. Penélope había dado a luz a un niño, al que habían llamado Telémaco, y Ulises estaba orgullosísimo. Había subido a lo alto de aquel acantilado para estar a solas y pensar en su hijo, en su tierra y en su esposa, Penélope.

Y para dar gracias a los dioses.

En realidad ya no se acordaba de cuando, unos años antes, había ido a Esparta a conocer a Helena.

Aquella vez, Helena no le había gustado mucho. Es cierto: era bellísima, sin lugar a dudas la mujer más bella del mundo. Pero a Ulises le había gustado más Penélope. No era tan bella como Helena, pero tenía una carita de lista que le había hecho perder la cabeza. Y esto me parece que ya lo hemos comentado.

Era más que probable que Ulises ya no pensara en el pacto que le había sugerido a Tíndaro. A él toda esa historia ya se le había olvidado. Sobre todo se le había olvidado la intuición que había tenido de que esa mujer les iba a causar un montón de problemas.

Por otra parte, ¿por qué habría tenido que pensar ahora en todo eso?

Ahora era feliz, y tenía varios motivos para serlo: Ítaca, Penélope y también el pequeño Telémaco.

Sencillamente no le preocupaba nada más.

Al menos hasta que vio aparecer una nave en el horizonte; al menos hasta que adivinó que esa nave venía de Esparta. En ese momento lo recordó todo y comprendió lo que se avecinaba.

Entonces bajó a la ciudad y entró corriendo en palacio. Corriendo llegó a su habitación y allí, en la cama de olivo, yacía Penélope descansando con Telémaco en brazos.

Penélope se dio cuenta enseguida de que había algún problema.

—¿Qué ocurre?

—¡Tú no sabes nada! Tú no has visto nada. Lo único que sabes es que hace tres semanas que me he vuelto loco. Y me paso el día en los campos, con un buey y un asno, empujando un arado al revés.

A Penélope le bastó mirar a Ulises a los ojos para entender que no debía decir nada, que no debía hacer ninguna pregunta y que tenía que obedecerlo. Y así todo saldría bien.

Ulises la besó, besó también a Telémaco y se marchó corriendo.

Y se fue de verdad a los campos, se colocó en la cabeza un gorro muy feo en forma de cono, se revolcó por el suelo, se hizo jirones el manto y la túnica y enganchó al arado un buey y un asno.

Siempre se le había dado muy bien hacerse pasar por loco. Después rezó a Hermes, dios de las tretas y los engaños, poeta y simulador, para que su ardid funcionara. Y esperó.

Ya solo quedaba esperar.

Pero ¿qué había ocurrido?

—¿De verdad quieres entrar en guerra con Troya? —le había preguntado Agamenón a Menelao.

—Sí —había contestado este—, vamos a recuperar a Helena.

—Entonces —había dicho Agamenón, que era un gran general—, tenemos que apañárnoslas para que Aquiles nos acompañe. Si queremos ganar esta guerra, Aquiles tiene que combatir con nosotros. Y si queremos sacar a Aquiles de su escondrijo, necesitamos a Ulises.

El hecho es que Tetis, la madre de Aquiles, sabía que su hijo moriría muy joven. Por eso lo había ocultado, pues no quería que fuese a la guerra.

Solo Ulises, el más inteligente de los capitanes griegos, podría convencer a Aquiles. Y eso Agamenón lo sabía. Por ello, antes de nada, había que llamar

a Ulises.

Agamenón y Menelao se dirigieron pues a Ítaca.

Pero ¿qué había ocurrido antes incluso de eso?

Cuando Tíndaro había hecho venir a Esparta a todos los príncipes para encontrarle marido a Helena, esta había elegido a Menelao. Y se habían convertido en los reyes de Esparta.

Un día llegó a Esparta un príncipe troyano, que además de príncipe también era pastor. Se llamaba Paris, o Alejandro, según fuera una cosa u otra. Pero esta es otra historia, y bastante complicada, así que por ahora será mejor que la olvidemos.

Sea como fuere, Paris (o Alejandro) llegó a Esparta. Menelao y Helena lo recibieron con todos los honores que se reservan a un invitado, sin importarles si era príncipe o pastor. Prepararon un banquete e hicieron una fiesta. Comieron y bebieron vino, mucho vino. Paris era bastante simpático y Helena era bellísima; en cuanto a Menelao, estaba muy contento de mostrarle a aquel troyano lo acogedora que era su casa, lo buen rey que era él y, sobre todo, lo increíblemente bella que era Helena. Tan, tan bella que uno se quedaba sin respiración. Después se fueron a dormir, cada uno a su habitación.

Pues bien, a la mañana siguiente, Menelao se despertó y no encontró ni a Paris ni a Helena. Tardó un poco en comprender lo que había ocurrido, pero cuando por fin lo hizo se puso como una fiera.

Paris había raptado a Helena.

Y poco importaba que en medio de todo eso estuvieran los dioses, una manzana de oro y el título de diosa más bella del Olimpo. Todo eso a Menelao le traía sin cuidado. Helena era su esposa, la reina de Esparta, y él, el rey, tenía que ir a recuperarla.

Menelao recordó el juramento que habían hecho los demás: todos los príncipes griegos debían ahora acudir en su auxilio. Mandó llamar a su hermano Agamenón, el mejor general de todos los ejércitos de Grecia.

Estaba decidido. Habría guerra.

Y partirían todos juntos a atacar Troya, surcando el mar color vino.

PALÁMEDES DESENMASCARA A ULISES

Si los ojos no lo engañaban, a Agamenón aquel tipo le pareció de lo más raro, con ese gorro tan feo en la cabeza, empujando un buey y un asno enganchados a un arado.

—Si los ojos no me engañan —dijo—, ese está loco de atar.

—Y tanto —contestó Menelao—, está loco: ha enganchado juntos un buey y un asno.

Agamenón y Menelao acababan de llegar a Ítaca. Y con ellos estaba también Palámedes, un tipo bastante listo. Cuando desembarcaron, se dirigieron al palacio de Ulises.

Pero mientras tanto todavía seguían con la mirada a aquel loco que iba de un lado a otro por los campos. Al verlo más de cerca, y de nuevo si los ojos no lo engañaban, a Agamenón le pareció que el loco estaba echando sal en los surcos del arado.

—Si los ojos no me engañan —dijo Agamenón—, ese está loco de atar.

—Y tanto —dijo Menelao— está echando sal en los surcos del arado.

Menelao, todo hay que decirlo, al contrario que Palámedes, no era un tipo muy listo. No, Menelao nunca decía nada nuevo, repetía con sus propias palabras lo que ya habían dicho los demás.

Por el camino se encontraron con un viejo.

—Buen hombre —dijo Menelao—, estamos buscando a Ulises.

El viejo señaló con la cabeza al loco del gorro en forma de cono.

Todos pusieron cara de asombro: ¿ese era Ulises?

El viejo les indicó que sí con la cabeza.

Ese era Ulises.

Se acercaron al loco, que seguía empeñado en fingirse loco. Tiraba de la cola del buey y luego de la del asno, y echaba puñaditos de sal sobre los surcos. Naturalmente, no hace falta que os diga que en la tierra sobre la que se esparce sal ya nunca vuelve a crecer nada. En fin.

Agamenón no decía nada.

Palámedes no decía nada.

Y Menelao no decía nada tampoco.

Agamenón en realidad estaba pensando que sin Ulises nunca lograría encontrar a Aquiles y nunca ganarían aquella guerra. Palámedes, el tipo listo, le daba vueltas en la cabeza a una idea, pero si os la cuento ahora, se termina la historia aquí mismo. Menelao, en cambio, al ver que Agamenón y Palámedes se estaban calladitos, pensó que quizá fuera mejor no decir nada él tampoco, para no quedar como un tonto.

Decidieron ir a hablar con Penélope, que los recibió con mucha hospitalidad. Sabía bien lo que tenía que hacer. Se echó a llorar, tratando de no parecer ni demasiado patética, ni demasiado despreocupada.

Ulises se había vuelto loco, les dijo.

Les dijo también que llevaba tres semanas así.

Después se fueron los cuatro juntos a los campos. Penélope, con el pequeño Telémaco en brazos, lloraba y decía: «¿Veis en lo que se ha convertido?», y frases por el estilo.

Agamenón maldecía su suerte, esa guerra ni siquiera había empezado todavía y él ya la estaba perdiendo.

Palámedes, en cambio, seguía dándole vueltas en la cabeza a aquella idea suya.

Y Menelao miraba a Ulises, después miraba a Penélope que seguía llorando, y asentía con la cabeza, como para darle la razón por llorar de esa manera.

Después de un rato de esta cantinela, Agamenón declaró:

—Bueno, de nada sirve que nos quedemos aquí mirando a este hombre

mientras hace tonterías.

—Es verdad —contestó Menelao muy convencido—, será mejor que nos vayamos.

Penélope seguía poniendo cara de pena, mientras en su corazón pensaba que quizá con un poco de suerte habían conseguido engañarlos.

Palámedes dejó de darle vueltas en la cabeza a aquella idea. Cogió rápidamente al pequeño Telémaco de brazos de su madre y lo colocó en el suelo, delante de las patas del buey.

—¡Sooo, sooo! —gritó entonces Ulises para detener al buey y al asno, y se tumbó de espaldas delante del niño, apartando a las bestias para evitar que lo arrollaran.

—Entonces no está loco —dijo Agamenón.

Y Menelao dijo lo mismo.

Aquella fue la única vez que alguien logró descubrir un ardid del astuto Ulises.

Este nunca se lo perdonaría a Palámedes. «Mi venganza», se juró a sí mismo Ulises, «será feroz y despiadada».

Y ya estaba pensando en cómo vengarse de Palámedes; quizá haciéndolo pasar por un cobarde o un traidor. Palámedes había sido listo, había descubierto el engaño de Ulises, su mentira. Ahora él pensaría en un engaño aún mayor, que pudiera inculpar para siempre a Palámedes.

Lo habían herido en su orgullo, y esto era algo que Ulises no podía perdonar. Palámedes no sería durante mucho tiempo el que se había mostrado más inteligente que Ulises, el que había logrado desenmascararlo.

Pero mientras tanto, Ulises tuvo que subir a bordo de la nave de Agamenón y de Menelao y marcharse con ellos, surcando el mar color vino.

LA MARCHA HACIA LA GUERRA

Había sido facilísimo.

Ulises había hecho su señal secreta, Néstor había tocado el clarín de guerra y Áyax había producido un ruido tremendo golpeando la espada contra el escudo. Entonces había asomado Aquiles, y entre todas aquellas joyas y baratijas de mujeres, había elegido la lanza y el escudo.

—Vamos —había dicho.

Os cuento la historia: Tetis era una de las cien hijas de Nereo, el viejo rey del mar. Era una ola, la espuma, una corriente.

Tetis era hermosa y se enamoró de Peleo. En aquellos tiempos sucedía bastante a menudo que los dioses se enamoraran de los mortales, y viceversa. Solo que para un dios era fácil conquistar a una muchacha mortal, como de hecho hacía continuamente el gran Zeus. Por el contrario, para un mortal quizá no fuera tan fácil conquistar a una diosa. Pero ese es otro problema.

Lo que sí está claro es que, cuando se casan una diosa y un mortal, por ejemplo, no se sabe si el hijo o la hija que tengan será un dios, un mortal o una diosa.

Tetis quería que sus hijos fueran dioses. Por eso trataba desesperadamente de hacerlos inmortales. Probó varias maneras, varios trucos para conseguirlo, pero no siempre funcionaban. Es más, no funcionaban casi nunca.

El caso es que Tetis sabía que el último de sus hijos sería muy fuerte y muy guapo: un héroe. Solo le faltaba ser invencible. Esta vez Tetis había caído en la cuenta de que para que su hijo fuera inmortal lo único que podía hacer era sumergirlo en el Estigio, el río que lleva al reino de los muertos.

De modo que había ido a buscar a Aquiles, que así se llamaba el niño, y,

tomándolo por un pie, lo había introducido en el agua de aquel río infernal, como si se tratara de una magdalena en una taza de café.

Aquiles se había vuelto invulnerable, salvo en un pequeño lugar del cuerpo: el talón. Era el único punto que su madre había mantenido fuera del agua por miedo a que el niño se le escapara de las manos y se ahogase en el Estigio.

Conviene recordar este hecho —Aquiles convertido en un héroe invencible e inmortal, pero con un único punto débil—, porque un día, con la ayuda de un dios, un príncipe troyano despiadado y también algo cobarde logrará alcanzarlo justo en ese punto que quedó fuera del agua. Pero esa es otra historia.

Cuando Aquiles contaba nueve años, Calcante —el adivino al que los griegos consultaban cada vez que querían saber algo de su futuro— había vaticinado a Tetis que Troya nunca sería tomada sin la ayuda de su hijo. Y también le había vaticinado que Aquiles moriría el último año antes de la caída de Troya.

Ese era el motivo por el que Tetis no quería que Aquiles fuera a combatir en esa guerra.

Y ese era también el motivo por el que Agamenón, en cambio, sí quería que fuese.

Así de sencillo.

Para esconderlo, Tetis había enviado a Aquiles al palacio del rey Licomedes, y le había pedido al rey que albergara a su hijo allí, oculto entre sus hijas, que lo vistiera de mujer y que no le desvelara a nadie el secreto.

Licomedes había hecho lo que le pedía Tetis.

En cuanto a Agamenón, sabía que si había alguien que podía dar con Aquiles, fuera cual fuese su escondite secreto, ese era Ulises. Por eso lo primero que hizo fue ir a Ítaca para convencer a Ulises de que se marchara con él.

Lo siguiente que había que hacer era enviarlo a buscar a Aquiles.

Ulises se marchó junto con Áyax y Néstor.

Nada más llegar, le preguntaron a Licomedes dónde había escondido a Aquiles.

Licomedes contestó, bastante tranquilo y seguro de sí mismo, que allí no había nadie; que solo estaban sus hijas, y que por lo tanto podían coger sus cosas, subirse a su nave y marcharse por donde habían venido. Los tres.

Ulises le preguntó a Licomedes que, ya que estaba tan tranquilo y seguro de sí mismo, si no le importaba que se diera una vueltecita por el palacio.

—En absoluto —dijo Licomedes sonriendo.

Ulises procedió a mirar en cada sala, seguido por Áyax y Néstor. Efectivamente, no había ni rastro de Aquiles. Solo había niñas, chiquillas y muchachas. Vestidos y vestiditos, muñecas y muñequitas, maquillaje y pequeñas cazuelitas o tacitas de té. Cosas así. A lo mejor Ulises se había equivocado al ir a buscarlo justo allí, en la isla de Licomedes.

Pero Ulises había aprendido una cosa muy importante, qué digo importante, importantísima; a saber: cada uno tiene una naturaleza propia y siempre termina por seguirla, ocurra lo que ocurra. Uno puede esconderse, disfrazarse o escapar de su destino, pero antes o después Ananké lo descubrirá. Ananké, que es la diosa de la necesidad —y no hay ninguna estatua que la represente—, es más poderosa aún que Zeus, y cuando quiere que ocurra algo, si tiene que ocurrir, si es necesario, hará que ocurra. Ulises había comprendido que, si existe un destino, un buen capitán no tiene más que hacer lo necesario para que este destino se cumpla. Y él, en el fondo, no tenía más que darle un empujoncito al destino de Aquiles.

Ulises mandó pues preparar en el centro de la gran sala del palacio de Licomedes un montón de objetos de mujeres, tales como vestidos, joyas y otras baratijas. Y en medio de todo ello escondió una lanza y un escudo.

Después susurró algo al oído de Áyax y después algo al oído de Néstor. Les dijo que se alejaran y él esperó junto a Licomedes.

Un poco más tarde llegaron todas las chiquillas del palacio y se pusieron a rebuscar entre el montón de vestidos y de joyas.

Fue sencillísimo. Ulises hizo su señal secreta, Néstor tocó el clarín de guerra y Áyax produjo un ruido tremendo haciendo chocar la espada contra el escudo. Aquiles, pensando que había una batalla, asomó entre todas aquellas chiquillas y se puso a rebuscar entre las joyas y los vestidos de niña hasta

encontrar el escudo y la lanza.

—Vamos —dijo Aquiles.

Pensaba que había una batalla.

Y de hecho sí que la había, o al menos la iba a haber en breve.

La más grande de todos los tiempos.

Y habría de durar diez años.

Ulises, Áyax, Néstor y Aquiles se unieron a los otros cuarenta y seis capitanes, y todos juntos partieron rumbo a Troya.

Ahora, había mil naves griegas surcando el mar color vino.

UN SIMPLE CABALLO ENORME

AGAMENÓN Y LOS CIERVOS DE ARTEMISA

Un simple caballo enorme.

Nada más que un caballo enorme.

Y la guerra terminó.

A decir verdad habían sido necesarios diez años para que a Ulises se le ocurriera aquella idea. Aunque eso no significa que durante esos diez años no hubiera estado pensando en ninguna otra cosa; pero digamos que era su problema principal: cómo conquistar Troya.

En los primeros nueve años de guerra había ocurrido de todo, excepto combates entre griegos y troyanos. Para luchar habían esperado hasta el final. Y entonces se les había desatado la furia a todos, y se habían mostrado despiadados y feroces, muy feroces. La guerra es una cosa muy fea. La maldad había salido del corazón de los héroes como si de pronto ya nada la retuviera.

Al final a Ulises se le había ocurrido lo del caballo. Un caballo enorme, tan grande como el engaño que escondía y que pondría fin a aquella guerra.

Pero el engaño más grande de todos era la guerra en sí. Porque siempre hay una mentira detrás del motivo por el que se hacen las guerras. ¿Había sido por la manzana de oro? ¿O por el rapto de Helena?

Hay quien dice incluso que también Helena era un engaño, que Paris no había raptado a la verdadera Helena, sino a su fantasma. Y los griegos habían luchado diez años contra los troyanos solo para recuperar un fantasma.

El caso es que habían sido necesarios diez años para que griegos y troyanos empezaran a luchar. Y durante esos diez años, los héroes, más que nada, se habían aburrido: los griegos, de asediar Troya, y los troyanos, de resistir al asedio. A menudo una guerra es sobre todo aburrida. Cuando no es

una cosa horrible, es un aburrimiento total.

Ya desde antes de que llegaran los griegos a Troya, la situación no había sido en absoluto divertida. Las mil naves griegas estaban atracadas frente al puerto, inmóviles. No lograban zarpar.

No había viento. Y no hay nada más aburrido que una nave griega sin viento que la empuje.

Naturalmente, todos sabían de quién era la culpa. A veces, cuando no hay viento es porque alguien ha hecho algo que no debía hacer y algún dios se lo ha tomado a mal.

Aquella vez la culpa había sido de Agamenón, el jefe de todos los griegos, el más grande de todos los generales. Unos días antes de partir hacia la guerra, durante una batida de caza, había lanzado una flecha con su arco y había alcanzado a una cierva. Había sido un buen tiro: la cierva había caído desplomada al primer golpe.

—Vaya —había dicho entonces Agamenón muy orgulloso de sí mismo—, creo que soy aún mejor que Artemisa manejando el arco. Ni siquiera ella podría salvar a esta cierva.

Pues bien: esto es algo que no se debe decir nunca. Uno no puede ir por ahí presumiendo de saber manejar el arco mejor que un dios.

Para empezar porque no es verdad; y además, porque el dios en cuestión podría ofenderse.

Seguro que alguien os habrá dicho que los dioses de los griegos eran como los hombres, excepto en una cosa: ellos eran inmortales. Sobre todo tenían todos los defectos de los hombres: eran celosos, envidiosos, susceptibles y se peleaban sin parar.

Aunque bueno, no sé si es del todo apropiado ponerse aquí a juzgar a los dioses. Yo cuento historias, y cuando en la historia que estoy contando aparece un dios, entonces hago una reverencia, me aparto a un lado y lo dejo tranquilo.

Sea como fuere, en esta historia la cierva había muerto y a Artemisa le había sentado fatal lo que había dicho Agamenón. Lo había querido castigar, y por eso había llegado la bonanza, el viento había dejado de soplar y las mil naves griegas permanecían inmóviles flotando frente al puerto. Sin avanzar hacia delante ni hacia atrás.

Naturalmente, al no saber qué hacer, los griegos le habían preguntado a

Calcante, el adivino. Y este había contestado que no había mucho que adivinar: era necesario que Agamenón sacrificara a una de sus hijas en honor de Artemisa; a la más bella, a ser posible. Entonces la diosa de la caza se aplacaría y por fin terminaría la bonanza.

Agamenón era un gran general y decidió que, con tal de ganar aquella guerra, sacrificaría en honor de Artemisa a una de sus hijas, y, si fuera necesario, a la más bella. Naturalmente, si bien Agamenón era un gran general, su esposa, Clitemnestra, no. Y esta no tenía la más mínima gana de que, para que su marido ganara aquella guerra, sacrificaran en honor de Artemisa a su hija más bella. Bueno, ni siquiera a la más fea.

—Yo me ocuparé de esto —había dicho entonces Ulises. Y desde aquel mar sin viento se había marchado a ver a Clitemnestra.

Esta había sospechado nada más verlo: sabía que Ulises era un capitán valiente a la par que astuto, y sabía también que los griegos estaban a punto de marcharse a la guerra. A las madres no les gustan nada las guerras, y tampoco los capitanes astutos y valientes. Para Ulises no sería fácil encontrar la manera de persuadirla, pues Clitemnestra era bastante firme en sus convicciones.

—El gran Agamenón le ha prometido a Aquiles que le dará como esposa a una de sus hijas con tal de convencerlo para que nos acompañe. Dile a tu hija Ifigenia que se prepare para partir —había dicho Ulises. Y con esa manera suya de hablar, mirando al suelo, se había mostrado muy persuasivo.

Hay una sola cosa que puede empujar a una madre a dejar marchar a su hija para unirse a un ejército en tiempo de guerra: un buen marido. Y Aquiles era el mejor marido posible. Clitemnestra permitió que Ulises se llevara a su hija Ifigenia.

Agamenón preparó el altar para el sacrificio en honor de Artemisa. Ordenó a su hija Ifigenia que se pusiera una túnica blanca y se la llevó consigo para matarla.

Quizá Artemisa pensara que era suficiente, que Agamenón había aprendido la lección; o quizá solo pensara que Ifigenia era demasiado bella y delicada para morir. Pensara lo que pensase, la transformó en una cervatilla y dejó que escapara, decidiendo que se convertiría en una sacerdotisa de su templo.

La ira de Artemisa se había aplacado, el viento había vuelto a soplar y las mil naves zarparon, surcando el mar color vino.

LAS MURALLAS DE TROYA

La primera vez que Ulises atravesó las murallas de Troya, franqueando la puerta más grande, no cayó en la cuenta enseguida. Y tampoco al pasar delante del templo de Atenea, allí donde se conservaba el Paladión. Bueno, por supuesto, le dedicó un pensamiento a la diosa, y en silencio le pidió protección para su misión. Solo eso.

Nada más llegar los griegos a las proximidades de Troya con sus mil naves, Agamenón había ordenado a Ulises y a Menelao que fueran al palacio de Príamo a intentar hacer un trato con él para evitar la guerra.

Estaban pues Menelao y Ulises ante Príamo y los troyanos, reunidos en consejo. Menelao fue el primero en hablar. Con suma habilidad trató de convencer a los troyanos de que les devolvieran a Helena y les entregaran su tesoro.

Ahora le tocaba hablar a Ulises, pero permaneció inmóvil, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. No movía las manos, como si no supiera qué decir. Príamo pensó que estaba loco o fuera de sí de pura rabia. Entonces Ulises empezó a hablar: su voz profunda llenó la sala del trono, sus palabras parecían copos de nieve que caían, ligeros, hasta cubrirlo todo. Príamo pensó que nadie jamás vencería a Ulises en el uso de la palabra.

Resultó que los troyanos no aceptaron las condiciones de los griegos y no quisieron devolverles a Helena. Y por si fuera poco, trataron además de matar a Ulises y a Menelao. Entonces empezó la guerra.

Pero mientras escapaba, Ulises se había vuelto a mirar el templo de Atenea y las inmensas murallas de Troya, y había tenido una extraña sensación. No había sido más que un instante, como un relámpago; pero sabía

que había algo que debería haber comprendido, aunque no acertaba a saber qué era exactamente. Estaba seguro de que en esas murallas y en ese templo estaba oculto el secreto de Troya.

Ulises no lo comprendió todo hasta diez años después, cuando ya los griegos y los troyanos habían empezado a luchar, cuando ya Patroclo, Héctor y Aquiles habían muerto. Calcante, el adivino, se lo había dicho: como ocurre a menudo, el secreto estaba oculto entre las líneas del relato. Para comprender cómo conquistar Troya, Ulises tenía que redescubrir la historia de la ciudad, de cuando Ilo la había fundado y de cuando Hércules la había derrotado. Y esas eran las dos historias que Ulises le pidió a Calcante que le contara: la de Ilo y la de Hércules.

Justo después de trazar los confines de su nueva ciudad, Ilo, el fundador de Troya, ofreció soberbios sacrificios en honor del gran Zeus. Después le pidió una señal de su bendición, y se fue a dormir. A la mañana siguiente se despertó y, delante de su tienda, encontró una estatuilla de madera enterrada en el suelo y cubierta de hierbajos. Era una estatua pequeña que sostenía en una mano una lanza, y en la otra, un escudo.

Ilo pensó enseguida en Atenea, la diosa de los ojos resplandecientes, pero también se preguntó qué podía significar haber encontrado aquella estatua.

Era una estatuilla de madera, una especie de muñeca, que había fabricado Atenea en honor de su amiga Palas. Atenea y Palas eran muy amigas; por eso, al morir Palas, Atenea había sufrido tanto que había esculpido esa muñeca para recordar a su amiga.

Sea como fuere, Ilo, el fundador de Troya, la había encontrado ante su tienda, enterrada entre los hierbajos, y no sabía muy bien qué hacer con ella. Entonces actuó como lo habría hecho cualquier griego en un caso semejante: le pidió consejo a Apolo.

Apolo, el dios del arco de plata que sabe leer el futuro, le dio su respuesta:

—Cuida de la diosa caída del cielo y cuidarás de tu ciudad. Porque la fuerza y los poderes estarán donde esté la diosa, dondequiera que ella esté.

Como de costumbre, la respuesta de Apolo no es que se entendiera muy bien, pero bueno, sí lo suficiente. Ilo construyó un templo en honor de Atenea, para custodiar la estatuilla, y edificó su ciudad alrededor del templo, sabiendo

que así Atenea la protegería.

Y esta es la historia del Paladión, de cómo fue a parar a Troya y de cómo se hallaba custodiado en el interior del templo de Atenea.

La historia de Hércules y de cuando derrotó Troya es un poco más complicada.

Cuando Ilo murió, su hijo Laomedonte se convirtió en el nuevo rey de Troya y pensó que era muy importante construir murallas para la ciudad. Laomedonte era un tipo de estos que toman un montón de decisiones muy importantes. El caso es que había pensado construir murallas muy muy gruesas y muy resistentes. Sería necesaria la fuerza y el poder de un dios para edificarlas como las había imaginado Laomedonte.

Tuvo suerte, pues justo en aquellos tiempos el gran Zeus estaba muy enfadado con sus hijos Apolo y Poseidón porque se habían mostrado bastante insolentes. Como castigo los había mandado a ayudar a Laomedonte. Apolo, el dios que ve el futuro, y Poseidón, el dios del mar, obedecieron y se pusieron manos a la obra. Bueno, a decir verdad, manos a la obra se puso sobre todo Poseidón, porque Apolo lo único que hacía era tocar la cítara, aunque esta es otra historia.

Pero Laomedonte, el rey de Troya, cuando se trató de saldar cuentas con Apolo y Poseidón, se hizo el listo y se negó a pagarles. En realidad, lo que se dice listo no fue, y los dos dioses se lo tomaron muy mal. Apolo mandó la peste para que infestara la ciudad y Poseidón envió un monstruo marino enorme y feroz, que día tras día iba devorando a todos los habitantes de Troya.

Como es natural, Laomedonte le preguntó a un adivino qué debía hacer para librarse del monstruo y, como es natural también, el adivino le dijo que tendría que sacrificar a su hija más bella. De modo que Laomedonte decidió tomar a su hija Hesione y atarla a una roca para que el monstruo la pudiera devorar en cuanto se le presentara la ocasión.

Hércules.

Todos han oído hablar de Hércules y sus doce trabajos. Pero lo que no todos saben es que, además de esos doce, hizo algunos más, quizá menos importantes, pero igual de difíciles. Cómo os diría yo, entre degollar a un león, robarle el cinturón a la reina de las amazonas y capturar al horrible can Cerbero, para pasar el rato Hércules iba por ahí salvando princesas.

Hesione, que seguía atada a la roca y sentía el apestoso aliento del monstruo marino cada vez más cerca, estaba deseando que llegara Hércules. Este, a cambio de liberarla, pidió los caballos blancos de Zeus que el rey de Troya, Laomedonte, custodiaba allí. Laomedonte accedió a entregárselos. Como era de esperar, Hércules mató al monstruo y liberó a Hesione. Y como era de esperar también, una vez que se hubo librado del monstruo, Laomedonte se cuidó mucho de saldar su deuda con Hércules.

—Vale, muy bien —dijo el héroe—, ahora tengo cosas que hacer, pero cuando vuelva te vas a enterar.

Quizá no se lo dijera así exactamente, pero la idea era esa.

Una vez concluidos sus doce trabajos, Hércules volvió a Troya y, sin más arma que su arco, mató uno a uno a todos los troyanos, incluido Laomedonte. Troya era ahora una ciudad con unas murallas inexpugnables, pero sin nadie dentro. O casi.

En efecto, Hércules les había perdonado la vida a Hesione y a su hermano. Decidió casarse con Hesione y hacer esclavo al hermano.

Incluso alguien como Hércules, tan fuerte y con la piel de un león como armadura, no era capaz de resistirse a las sonrisas y a los cariñitos de una princesa tan bella como Hesione. Ella le pidió que liberase a su hermano, y él se lo concedió. Para celebrarlo, como era costumbre entre los esclavos, el hermano de la princesa adoptó un nuevo nombre. Desde ese momento habría de llamarse Príamo. El tercer rey de Troya.

Esta era la historia de Hércules y de cuando derrotó Troya con su arco.

—Bien —dijo Ulises mirando al suelo, después de que Calcante le hablara del Paladión y del arco de Hércules—. Entonces he aquí el secreto de Troya...

Y se fue a reflexionar sobre todo aquello, contemplando el mar color vino.

EL ROBO DEL PALADIÓN

Después de que, durante nueve años, griegos y troyanos se hubieran aburrido asediándose y resistiendo al asedio, se pusieron a luchar de verdad. Y cuando llegó ese momento, la tierra se impregnó de sangre, los héroes empezaron a morir y Casandra, la hija más pequeña de Príamo, vio arder los palacios de Troya.

En realidad todavía no estaba ardiendo ningún palacio, y el combate se libraba fuera de las murallas de la ciudad. Pero Casandra veía lo que sucedería en un futuro, aunque nadie la creyese.

Esto es lo que le ocurría a Casandra: desde que se había negado a amar a Apolo, podía ver el futuro, aunque nadie creía sus profecías. Pero también esta es otra historia.

Bueno, el caso es que mientras Casandra tenía sus visiones y los demás troyanos no le hacían caso, al otro lado de las murallas Héctor había logrado matar a Patroclo. Durante una guerra es normal que dos enemigos se maten, o más bien que uno mate al otro. Pero en este caso no fue tan sencillo.

El problema era que Héctor creía haber matado a Aquiles, sencillamente porque Patroclo se había puesto su armadura. Y todo había sucedido porque Aquiles se había ofendido a causa de cierta muchacha de hermosas mejillas, y porque Agamenón se había mostrado bastante arrogante. Por todo ello Aquiles se había retirado a la orilla del mar a tocar la cítara y a lamentarse a su madre. Pero Aquiles era el más fuerte de los héroes griegos, el invencible. Y ganar una guerra con un héroe invencible es sin lugar a dudas mucho más fácil. Resulta que lo que había ocurrido es que Patroclo, el mejor amigo de Aquiles, había cogido su armadura, su yelmo y su lanza y había ido a luchar, haciéndose pasar por su amigo. Los troyanos al principio se habían asustado muchísimo, y

él había matado a media docena de ellos. Entonces Héctor, que era muy valiente, le había hecho frente y había conseguido matarlo; pero no era Aquiles, sino Patroclo. Y ahora el héroe más fuerte no solo no había muerto, sino que encima estaba muy muy enfadado.

Aquiles de hecho se había dejado ya de caras largas, de tocar la cítara, de mantenerse alejado de los demás y de hacerse el ofendido a causa de la muchacha de las hermosas mejillas. Había vuelto a la batalla y había matado a Héctor. Y durante tres días y tres noches había arrastrado su cadáver alrededor de la ciudad. Se había mostrado feroz y despiadado.

Todos, cada uno a su manera, se habían mostrado feroces y despiadados: Héctor, Diómedes y Agamenón antes que él. Y también Ulises había sido feroz y despiadado al culpar injustamente a Palámedes de traición para vengarse de él. La guerra, como ya hemos dicho, es una cosa terrible.

En cuanto a Paris, había sido además un poco cobarde. Sabía muy bien que nunca conseguiría matar él solo a Aquiles, por lo que le había pedido ayuda a Apolo. Resulta que el dios que ve el futuro hacía mucho que la tenía tomada con Aquiles porque una vez, en el pasado, este se había mostrado un poco arrogante. De modo que Apolo había guiado la flecha de Paris, que había alcanzado a Aquiles justo en el talón. Por sí solo Paris nunca habría logrado alcanzar el único punto débil de Aquiles.

Aquiles había muerto.

Fue después cuando ocurrieron todas estas cosas. Tras toda esta maldad y esta ferocidad, Ulises había ido a preguntarle a Calcante cuál era el secreto que protegía Troya. Y Calcante le había hablado del Paladión, del arco de Hércules y de que tan solo con una treta se podría conquistar Troya.

Ulises se puso manos a la obra.

Para empezar, se marchó a la isla de Lemnos a buscar a Filóctetes. Un gran tipo este Filóctetes. Junto con los demás príncipes había partido de Grecia para ir a luchar contra Troya, y en una de las muchas pausas de ese interminable viaje, le había mordido una serpiente. No se había muerto, pero se le había infectado la herida en el pie y había empezado a oler mal, pero que muy mal. Aunque era muy simpático, sus compañeros no lo querían con ellos en la nave porque el pie olía que apestaba. Por ello habían decidido

abandonarlo a su suerte en la isla de Lemnos.

Todos pensaban que Filóctetes se moriría. En lugar de eso, su pie enfermo se curó. Hércules, antes de convertirse en un dios del Olimpo, le había dado su arco a Filóctetes, a cambio de ciertos favores que este le había hecho. De modo que ahora Filóctetes no solo gozaba de buena salud, sino que también era el guardián del arco de Hércules. Diez años antes los griegos lo habían abandonado sin importarles mucho lo que pudiera ocurrirle, y ahora resultaba que lo necesitaban. Solo el gran Ulises podría encontrar las palabras adecuadas para convencerlo de que los ayudara.

Con la mirada fija en el suelo, Ulises explicó la situación a Filóctetes y logró persuadirlo. Se marcharon juntos surcando el mar color vino. Filóctetes lucharía junto a los griegos.

Nada más llegar al campo de batalla, Filóctetes tensó el enorme arco de Hércules, apuntó y lanzó la primera flecha, pero no dio en el blanco. Cogió otra flecha, volvió a tirar y esta vez alcanzó a Paris en un hombro. La tercera flecha que salió del arco de Hércules alcanzó a Paris de lleno en el corazón. El príncipe troyano murió. Troya tenía las horas contadas.

Ulises lo sabía bien: solo quedaba apoderarse del Paladión y por fin terminaría la batalla más grande de todos los tiempos.

Lo primero, por lo tanto, era robar el Paladión.

Ulises llamó a Diómedes.

—¡Pégame! —le dijo.

—¿Cómo?

—¡Pégame, te digo, dame un buen puñetazo!

Diómedes no entendía, pero como Ulises insistía, le propinó un puñetazo bien fuerte en la boca. Ulises cayó al suelo y le salió un moratón muy grande. Después se revolcó por el fango y se hizo jirones la túnica y el manto. Se le daba muy bien hacerse pasar por loco y por mendigo. Rezó a Hermes, dios de los ladrones y de los simuladores, y se metió arrastrándose en una galería subterránea, sucia y llena de barro, que pasaba por debajo de las murallas y llevaba al interior de la ciudad.

Era casi de noche cuando Ulises se encaminó al templo de Atenea. Las calles estaban llenas de troyanos que regresaban a sus casas. Alguno trató de evitarlo; otro le dio un empujón sin darse cuenta y después siguió andando

tranquilamente, y otros ni siquiera repararon en él.

Estaba a punto de llegar al templo de Atenea cuando oyó una voz a su espalda:

—¿Buscas algo, extranjero?

Ulises se dio la vuelta. Era Helena.

En aquellos diez años de guerra, Ulises no había pensado mucho en Helena. Pero al verla ahí, en carne y hueso, le pareció bellísima; tanto que se quedó sin respiración. Ulises permaneció callado, mirando al suelo.

—¿Necesitas ayuda? —insistió Helena.

Ulises era capaz de engañar a cualquiera, habría podido convencer a un camello para que cruzara el Polo Norte, pero esta vez tenía miedo de que la belleza de Helena lo confundiera. No debían descubrirlo de ninguna manera, por lo que trató de guardar silencio.

—Me recuerdas a alguien —prosiguió ella—, por tu aspecto pareces griego.

Ulises hizo un gran esfuerzo, después alzó la mirada y clavó los ojos en los de Helena. Pensó que eran los ojos más bonitos que había visto en su vida.

—Amable señora —dijo—, no sé de quién me hablas. No creo haber visto jamás tu rostro. Porque si lo hubiera visto, aunque fuera hace más de diez años, estoy seguro de que lo recordaría, tan bella eres y tan semejante a una diosa.

También esta vez Hermes fue un buen consejero. Ulises le dijo esta y otras mentiras a Helena, contestó a todas las preguntas que ella le hizo y consiguió engañarla. Ella no lo reconoció, o si lo hizo no dijo nada y regresó a su palacio. Ulises fue a tumbarse en el suelo de un callejón, se cubrió la cabeza con la capucha de su manto y esperó a que oscureciera.

Cuando cayó la noche, Ulises avanzó sigilosamente y consiguió entrar en el templo de Atenea, pues todas las sacerdotisas estaban dormidas. Cuando llegó ante la estatua, rezó a la diosa de la inteligencia para que lo ayudara a escapar sano y salvo de Troya. Hizo una reverencia, cogió el Paladión y se lo llevó.

La luna, mientras tanto, brillaba sobre el mar color vino.

EL CABALLO

Ulises se apartó unos pasos para reflexionar, haciendo girar el Paladión entre sus manos. Contemplaba esa estatuilla de madera que se parecía a Atenea, la diosa de la guerra, de la inteligencia y de la estrategia.

«La estrategia», pensó Ulises, «es saber de antemano los planes de tu enemigo, y por lo tanto obligarlo a hacer lo que tú quieres que haga».

Ulises le pidió a Atenea que lo inspirara.

De los griegos para Atenea en señal de gratitud.

Para propiciarse el regreso.

A Ulises le pareció haber oído una voz, pero no estaba seguro.

«De los griegos para Atenea en señal de gratitud. Para propiciarse el regreso». ¿Qué demonios significaba eso?

Ulises seguía reflexionando; sabía bien que era Atenea quien le había metido en la cabeza aquella frase. Lo único que tenía que hacer era entender lo que quería decir. A menudo los dioses nos dicen cosas tan sencillas que nosotros, por mucho que nos esforcemos, no logramos entender.

Ulises seguía pensando: «¿Qué estrategia he de adoptar?».

Y esto fue lo que pensó: «Hay dos cosas que han hecho de Troya una ciudad inexpugnable hasta el momento: el Paladión y las murallas. Si yo fuera troyano tendría mucho cuidado de que nada violara las murallas de mi ciudad, y trataría por todos los medios de recuperar el Paladión, o algo que funcionara de la misma manera. Aunque tuviera que robárselo a los griegos».

Ya está: Ulises había entendido lo que le decía Atenea. Tenía que encontrar algo que pudiera ocupar el lugar del Paladión. Y fingir que era un regalo que los griegos ofrecían a Atenea. Así los troyanos pensarían que, robándolo, estarían de nuevo bajo la protección de la diosa. Y se lo quedarían.

Ulises no tenía que destruir las murallas de Troya, sino entrar en el interior de la ciudad. Es más, lo que debía hacer era conseguir que los propios troyanos lo condujeran dentro.

Simple. Nada más simple.

Un simple caballo enorme.

Construiría un caballo lo bastante grande para que en su interior pudiera ocultarse un buen puñado de hombres. Después haría creer a los troyanos que era un regalo de los griegos para Atenea. Entonces los troyanos cogerían el caballo y lo llevarían al interior de su ciudad. El golpe final consistiría en hacerles creer que los griegos habían regresado a casa.

Ocurrió exactamente como lo había imaginado Ulises.

Construyeron el caballo, se ocultaron dentro cincuenta soldados y el resto del ejército partió en las naves cóncavas, surcando el mar color vino. Quemaron las tiendas y abandonaron el campamento. Pero en realidad las naves estaban escondidas detrás de un promontorio y los griegos no se habían marchado.

Los troyanos se despertaron aquella mañana y vieron un enorme caballo de madera justo delante de la puerta principal de la ciudad. El caballo era majestuoso y espléndido. Sobre la madera podía leerse: «De los griegos para Atenea en señal de gratitud. Para propiciarse el regreso».

Al final los troyanos hicieron exactamente lo que había previsto Ulises: cogieron el caballo y lo llevaron dentro de la ciudad.

Cassandra seguía diciendo que no lo hicieran, ella veía perfectamente que dentro del caballo había cincuenta soldados escondidos. Pero nadie le hizo caso. Cassandra sabía cosas, pero nunca la escuchaba nadie. Ya veía arder su ciudad.

En cualquier caso, Laocoonte tiró una lanza contra el vientre de madera del caballo para demostrarle que no había nadie dentro. La lanza se clavó en la madera y del interior del caballo provino un ruido como de armaduras que chocaban entre sí.

—¿Lo habéis oído? —gritó Cassandra—. ¿Lo habéis oído? ¡Hay hombres ahí dentro, se oyen sus armaduras!

Era verdad que se había oído un ruido. La punta de la lanza había atravesado la madera del caballo y a punto había estado de golpear a Menelao

en plena cara. Este se había apartado y había caído encima de Diómedes. Al chocar, las armaduras de ambos habían producido un gran estruendo.

Pero nadie escuchaba nunca a Casandra, incluso cuando decía algo que todos habían visto u oído perfectamente.

—Y según tú —le contestaron los demás—, ¿para qué lo habrían hecho tan grande si no es para impedir que lo metiéramos dentro de la ciudad?

—Exactamente —decía otro—, los griegos le han hecho este regalo a Atenea y no quieren que nos apoderemos de él. Si nos lo quedamos, nos protegerá.

Ulises había conseguido hacer todo lo necesario para que transportaran al caballo al otro lado de las murallas. Introdujeron el caballo en el interior de la ciudad y los troyanos empezaron a celebrar que había terminado la guerra. Las celebraciones duraron toda la noche. Y nadie, excepto Casandra, sospechaba nada.

Quizá Helena sí se imaginara algo. De madrugada se acercó al caballo y se puso a imitar las voces de las esposas de los soldados griegos.

—Ulises —decía con la voz de Penélope—, ven, llevo diez años esperándote, ven a descansar.

—Diómedes —decía con la voz de la esposa del héroe—, era joven cuando me dejaste, vuelve al fin conmigo.

Ulises permaneció inmóvil aunque el corazón, al oír la voz de Penélope, le brincara en el pecho. Tampoco Diómedes se movió.

Pero Helena insistía:

—Antileo, soy tu mujer. ¿Es que ya no me amas? ¿Acaso quieres que me vaya con otro hombre?

Antileo no se pudo contener y estuvo a punto de salir del caballo. Pero Ulises, rapidísimo, le tapó la boca con la mano y le puso un puñal en el cuello.

—Ni respires siquiera —le susurró—, ¡mueve un solo músculo y te corto el cuello!

Antileo no se movió y Helena se marchó.

No sé si Helena había comprendido de verdad que el caballo estaba lleno de soldados griegos. Quizá no, y se tratara solo de una broma. O quizá sí lo

supiera, pero después de tanto tiempo quería volver a casa y por eso no había dicho nada. Tal vez unos días antes había reconocido a Ulises disfrazado de mendigo y lo había dejado marchar, permitiendo que robara el Paladión. Quién sabe.

Y quién sabe también lo que pensaría Helena cuando, unas horas después, los griegos empezaron a salir del caballo y abrieron las puertas de la ciudad. Entonces hicieron una señal con fuego y todo el ejército griego emergió de la ensenada donde se mantenía oculto. Los soldados griegos lograron matar a todos los troyanos y quemar la ciudad, y también robaron el tesoro de Príamo.

Quién sabe lo que pensaría Helena al ver que Menelao había venido a recuperarla. ¿Lo mismo que había pensado diez años antes, cuando Paris la raptó? Nadie —y menos aún los hombres— sabe bien lo que piensan las mujeres. Pero Helena era bella, era una gran mujer, y Menelao, con razón, nunca se había preguntado lo que pensaba Helena.

Ulises.

Ulises tampoco se lo preguntó; de hecho, ya ni siquiera pensaba en Helena. La guerra había terminado y ahora solo pensaba en Penélope que, por imposible que pudiera parecer, era aún más bella que Helena. Al menos a los ojos de Ulises. Y este, que tampoco había sabido nunca lo que piensan las mujeres, y menos Penélope, ahora solo deseaba volver a abrazarla.

Entonces emprendió el camino de regreso, surcando el mar color vino.

**NO FUE DIFÍCIL ENGAÑAR AL
CÍCLOPE**

LA ISLA DE LOS COMEDORES DE LOTO

No fue difícil engañar al cíclope.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el monstruo, que era tan grande como una montaña.

—¿Mi nombre? —dijo Ulises. Se quedó un momento pensando y después añadió—: Nadie.

El cíclope, mientras tanto, se iba poniendo cada vez más nervioso, y creedme, no es buena idea poner nervioso a un cíclope.

—Me llamo Nadie.

—Bien —contestó el cíclope alzando su copa—, a tu salud, Nadie. Me caes bien, creo que te dejaré para el final, antes me comeré a todos los demás. —Y tomó otro trago del vino que Ulises acababa de regalarle.

Un cíclope, para entendernos, es una especie de gigante bastante tonto. No es que todos los gigantes sean tontos, pero los cíclopes, sí: los cíclopes son todos tontos. Son también muy grandes, malvados y algo maleducados. Y tienen un solo ojo. Esto es lo que hace que sean unos gigantes algo especiales.

Aunque el hecho de que los cíclopes tengan un solo ojo tampoco es muy importante. Quiero decir que no es que eso cambie mucho las cosas. Lo que pasa es que por eso todo el mundo los recuerda, porque da mucha impresión mirarlos. También es cierto que, al tener los cíclopes un solo ojo, a Ulises le resultó mucho más fácil dejar ciego a Polifemo. Bastó clavarle en el ojo un solo palo al rojo vivo.

Pero la historia del cíclope ocurrió un poco más adelante. Más o menos al principio de su viaje, pero no exactamente al principio.

Cuando terminó de destruir Troya, Ulises estaba listo para volver a su isla, Ítaca. Preparó sus naves y su tripulación y se marchó.

Pensaba en el viaje que le quedaba por delante; no muy breve, desde luego, pero sí un viaje normal y corriente. A lo mejor se toparía con alguna pequeña isla que conquistar, algún pueblo al que someter, pero poco más. Sobre todo después de haber luchado durante diez años y de haber ganado la batalla más grande de todos los tiempos, Ulises creía que el viaje de regreso sería la parte más fácil. Y desde luego no se imaginaba en absoluto que tardaría otros diez años en volver a casa. Pero bueno, el caso es que por fin partió.

Tras unos días de navegación llegó a la isla de los cicones. Aquí fondeó sus naves y, por decirlo de alguna manera, se fue a reunir provisiones. Los griegos estaban acostumbrados a saquear las tierras por las que pasaban durante sus viajes. En resumen: hicieron huir a unos cuantos cicones, mataron a otros pocos y después llenaron sus naves de vino y de comida. Ulises les dijo a sus compañeros que se dieran prisa, pero ellos, naturalmente, no le hicieron caso. Se pusieron a comer y a beber —sobre todo a beber—, y después, bastante borrachos, se fueron a dormir. Esto lo aprovecharon los cicones que habían sobrevivido; consiguieron refuerzos y se enfrentaron a los griegos. Esta vez ya no resultó tan fácil derrotarlos. Lucharon, y en la lucha perdieron la vida una docena de griegos. Terminada la batalla, Ulises logró por fin volver a zarpar con sus naves. Por fin, sí, porque Ulises estaba verdaderamente cansado de navegar, de luchar y, sobre todo, de estar lejos de su hogar.

Hubo una noche de tempestad; el viento desgarraba las velas de las naves y Ulises y sus compañeros trataron de alcanzar la orilla remando. Descansaron y después volvieron a zarpar, dejándose llevar por el viento y las corrientes.

No es que se pudiera proceder de otra manera: en aquellos tiempos se navegaba así. Pero dejándose llevar por el viento y las corrientes uno nunca sabe adónde puede ir a parar. En efecto, cuando ya casi estaban frente a las costas de Ítaca, el viento cambió de dirección. Ulises alcanzaba ya a oler el aroma del mirto y del romero que llegaba con la brisa de tierra firme cuando, de golpe, el perfume se desvaneció. Durante nueve días y nueve noches

navegaron veloces, sin poder detenerse. El noveno día arribaron a la isla de los comedores de loto.

Y es en esta tierra donde comienza verdaderamente el viaje de Ulises. Hasta entonces había surcado mares conocidos y encontrado gente normal. Después, la tempestad, el viento y las corrientes lo habían llevado a otro lugar. Ulises ya no sabía dónde estaba. No tenía idea de con quién se iba a encontrar.

Ser un gran capitán significa también ser curioso, querer entender las cosas, querer conocerlas. Pero Ulises, al no saber dónde se hallaba, quiso ser prudente. Hizo detener las naves y mandó a tres de sus hombres a reconocer el terreno. Dos guerreros y el heraldo, que es como una especie de embajador.

Esperó medio día y, al ver que no regresaban, tal vez pensó que aquella tierra estaba habitada por gente malvada. ¿Quizá alguien los había matado? Llamó a otros dos hombres y siguió el sendero que el heraldo y los dos guerreros habían tomado unas horas antes.

No tardó mucho en encontrarlos. Estaban ahí tan tranquilos, rodeados de una gente más bien pacífica. Tumbados en hamacas de cáñamo, como si estuvieran en la plaza jugando a los dados, hablaban de cosas sin importancia.

Y comían flores de loto.

Si os invitaran a cenar en la isla de los comedores de loto, desde luego no os preguntaríais qué se come allí; el menú de la cena lo sabríais seguro. Pero lo que quizá no sabríais es lo que le ocurre a quien come flores de loto. Ese es el problema.

Ulises al principio dejó escapar un suspiro de alivio. Me explico: al ver que a sus compañeros no los habían matado, degollado o devorado vivos, se sintió aliviado. Hizo como todo capitán que llega a una nueva isla: se presentó con voz amable, dejó claro que no tenía malas intenciones y trató de comprender por qué sus hombres no habían regresado a la nave.

—¿Qué nave? —quiso saber el heraldo.

—La mía, la vuestra, ¿cuál va a ser?

—La nuestra ¿de quiénes?

—Muchachos, habría que marcharse antes de que anochezca. Ha llegado el momento de regresar. —Ulises estaba empezando a ponerse nervioso.

—¿Regresar? —dijo uno de los guerreros.

—¿Regresar? —repitió el otro.

—Nosotros no sabemos lo que es regresar —dijo el heraldo.

He aquí lo que le ocurre a quien come flores de loto: olvida. Olvida su casa, su familia, su trabajo; olvida regresar.

El que come flores de loto olvida regresar a casa.

Ulises lo comprendió, rechazó amablemente un ramillete de flores que le ofrecían y les dijo a los suyos que dejaran a un lado los platos, dieran las gracias por la hospitalidad y se marcharan. Pero ellos no lo escucharon. Por supuesto, no tenían intención alguna de seguirlo: estaban ahí tan a gusto, un poco atontados pero felices. Quien no recuerda nada tampoco sabe lo que debe hacer, y por lo tanto no tiene nada que hacer. Y además no se siente culpable. Es feliz, pero está un poco atontado.

Y por muy agradable que les resultara, era como una droga. Era inhumano, pues no son hombres aquellos que todo lo olvidan. En especial su casa y regresar a ella. Ulises decidió obligarlos a seguirlo. Los agarró por la fuerza, se despidió con un gesto y les ordenó subir a bordo. Los dejó atados en la bodega y zarpó. Dio órdenes severas de que nadie más bajara de la nave, nadie más probara las flores de loto y olvidara el regreso.

Esta vez lo obedecieron: los hombres se pusieron a remar y se alejaron, surcando el mar color vino.

ZEUS Y EL RAYO DE LOS CÍCLOPES

Cuando entró en la cueva del cíclope, Ulises no podía creer que pudiera ser tan enormemente grande. Por supuesto, ya tenía una idea de cómo era un cíclope; pero una cosa es imaginártelo, y otra muy distinta verlo con tus propios ojos. Peor todavía es ver la enorme cueva en la que vive un cíclope, o el grandísimo vaso del que bebe. Sobre todo si sabes que al cabo de un rato verás también al propio cíclope, y que además puede que esté un poco nervioso.

Ulises se acordaba de los relatos que, de pequeño, le contaba su nodriza mientras lo bañaba. O de cuando su abuelo lo llevaba a cazar y, después de un día entero persiguiendo a un jabalí por el bosque, de noche se tumbaban a contemplar el cielo negro que se extendía por encima de sus cabezas. Y entonces surgían las historias de los dioses por los dibujos que su abuelo hacía trazando líneas imaginarias entre las estrellas.

—¿Ves las osas? —le decía su abuelo.

Ulises no las veía muy bien que digamos. No es que esa maraña de estrellas no pareciera una osa; pero vamos, recordaba mucho más a un carro que a una osa, dónde iba a parar. Un carro de perfil, con sus ruedas y su volante. Y delante, otro, más pequeño y vuelto del revés.

El abuelo se impacientaba.

—¿Las ves o no?

—Más o menos —contestaba Ulises.

—¿Cómo que más o menos, qué respuesta es esa? —mascullaba su abuelo, y después extendía el dedo y dibujaba en el aire el contorno del animal. Entonces Ulises, estrella a estrella, veía emerger de la oscuridad las dos osas

y la serpiente entre ambas.

Luego el abuelo empezaba a contarle cómo la madre de Zeus lo escondió en una gruta de la isla de Creta para que lo criaran dos ninfas del bosque.

—¿Por qué lo escondió? —preguntaba Ulises.

El abuelo gritaba que no quería que lo interrumpiera y no sé qué otras cosas más; pero se veía que estaba contento de poder contarle esas historias a Ulises, estaba contento de poder salir a cazar con él, aunque aún no hubiera cumplido los doce años.

También a Ulises le gustaba ir a cazar, contemplar las estrellas por la noche y escuchar las historias de los dioses. Sobre todo la de cómo Zeus derrotó a su padre, Cronos. Le gustaban esos relatos porque Zeus era el más grande y el más fuerte de todos, porque eran relatos violentos, con mucha sangre y muchos asesinatos, y porque daban bastante miedo. Y luego estaban también los cíclopes, esos enormes gigantes con un solo ojo.

—Anda, abuelo —decía Ulises—, sigue contándome.

Y el abuelo proseguía:

—Cronos sabía que uno de sus hijos lograría ocupar su lugar y convertirse en el rey del universo. Lo sabía porque las historias ocurren siempre de la misma manera, son siempre las mismas. Cronos sabía que su hijo menor haría con él lo que él mismo había hecho con su padre, Urano.

Ulises preguntaba:

—¿Y qué le había hecho Cronos a Urano?

—Le había cortado la colita y la había tirado al mar.

—¡Ah! —Ulises se quedaba siempre de piedra al llegar a este punto del relato. Era una escena muy violenta; más incluso de lo que él estaba acostumbrado a imaginarse.

Pero entonces el abuelo seguía contándole cómo, en ese lugar del mar, había emergido Afrodita envuelta en espuma. Afrodita, la más hermosa de todas las diosas, la que enciende las pasiones y hace resplandecer de belleza a los hombres y a los dioses.

—Sí, de acuerdo —decía Ulises—, pero ¿qué tienen que ver las osas?

—Si me dejaras terminar... —El abuelo se ponía nervioso si lo

interrumpían, pero luego continuaba.

—Cronos, por miedo a que ocuparan su lugar, se comía a todos los hijos a los que daba a luz su esposa, Rea.

—¿Y ella no decía nada?

—Ella nunca decía nada, al menos hasta que nació Zeus. Entonces quizá comprendió y trató de salvar a su hijo pequeño. Para ello lo llevó a Creta, lo escondió y se lo confió a dos ninfas para que lo criaran. Luego le dio de comer a Cronos una gran piedra envuelta en una manta, diciéndole que era su hijo, el benjamín. Cronos se la comió y luego fue a ocuparse de sus asuntos.

—¿Y los cíclopes, abuelo, y los cíclopes?

Ulises lo interrumpía a propósito: le gustaba aquella historia y no quería que terminara. Lo que más le gustaba era cuando Zeus hacía vomitar a Cronos dándole de beber una mezcla de vino y miel. De la barriga de Cronos salieron los hermanos y las hermanas de Zeus, y se pusieron a luchar contra Cronos y sus hermanos, que eran sus tíos y se llamaban titanes. Pero Zeus sabía que sin ayuda nunca ganarían contra los titanes, por eso llamó a los cíclopes y a los gigantes de las cien manos. Y los cíclopes, que eran muy buenos herreros, fabricaron el rayo y se lo regalaron a Zeus.

—Zeus venció en la batalla contra Cronos y los titanes —concluía el abuelo— y se convirtió en el rey del universo. Desde entonces gobierna el mundo.

—¿Y sus hermanos? —preguntaba Ulises.

—Eché a suertes con ellos qué parte del universo gobernar. A Poseidón le tocó el mar; a Hades, la ultratumba; y a Zeus, el cielo y la tierra.

—¿Y las osas, abuelo, te has olvidado de las osas!

—Antes de ser derrotado, cuando Cronos descubrió que Zeus estaba escondido en Creta, partió en su busca para devorarlo. Zeus escapó con las dos ninfas que lo habían criado. Y cuando Cronos estaba a punto de hacerlo salir de su escondrijo, Zeus se transformó en serpiente, convirtió a las ninfas en osas y las disimuló en el cielo en medio de las estrellas.

—¿Y los cíclopes? —seguía preguntando Ulises.

—Los descendientes de aquellos cíclopes ya no son herreros, sino pastores.

—¿Y ahora dónde viven?

—En los confines del mundo. Pero ahora, ¡basta, se acabó! —decía el abuelo, y se echaba a dormir junto al fuego.

Ulises se tumbaba a su lado pensando en el gran Zeus y en el rayo que le habían regalado los cíclopes. Y se quedaba dormido, oyendo a lo lejos el murmullo del mar color vino.

POLIFEMO

¿Cuál es tu nombre?

La primera vez que el cíclope se lo había preguntado, Ulises no había contestado: había disimulado. Pero al cíclope le había dado igual.

Ulises le había dicho que eran griegos, que regresaban de Troya y que esperaban que él fuese hospitalario, les diera de comer, de beber y les ofreciera un regalo en señal de amistad. Al cíclope también le había dado igual todo eso. La hospitalidad, me refiero. Dentro de poco se habría comido a sus huéspedes. Por supuesto que sí.

De todas maneras, Ulises trató de recordarle al cíclope que la hospitalidad es algo sagrado para Zeus. Lo que quería decir Ulises es que a los huéspedes y a los viajeros se los debe tratar con sumo respeto, porque en caso contrario la furia de Zeus podría desatarse. Es más, se desataría seguro.

—Debes de ser bastante tonto, amigo mío —había contestado el cíclope, riendo—. ¿Es que no has visto dónde estamos?

A Ulises le había sentado mal aquello: por una vez, no había sabido qué contestar. Él, que era un gran navegante, a decir verdad no tenía muy claro dónde habían ido a parar.

—Estamos fuera del mundo —le había dicho el cíclope—. Aquí no llega ni siquiera Zeus. Esta es la isla de los cíclopes, nosotros no tememos a los dioses —había añadido, esbozando una sonrisita bastante inquietante—. Y dime —había preguntado después—, ¿dónde has dejado tu nave?

—Está destruida... —se había apresurado a contestar Ulises—. Por culpa de una tormenta. Somos náufragos. —Esta vez no se había dejado engañar.

Por otro lado el cíclope estaba mucho más concentrado en otra cosa, es

decir, en la cena; es decir, en ellos..., pero esto Ulises todavía no podía saberlo. Y bastante sorprendido estaba ya de que Polifemo no le hubiese ofrecido nada de comer o, qué sé yo, una copa de vino... Así que como para imaginarse que él pudiera ser la cena del cíclope.

Pero aparte de eso, Ulises había hecho lo más importante; a saber: no le había dicho su nombre. Y el cíclope no se había dado cuenta. Había extendido el brazo y, atrapando a dos de los compañeros de Ulises, los había estrellado contra las paredes de la cueva y se los había zampado.

Aquella misma mañana, nada más entrar en la cueva, los hombres de Ulises le habían suplicado:

—Capitán, cojamos un poco de queso, alguna oveja y vayámonos de aquí.

Naturalmente, el cíclope aún no había regresado, pero ellos estaban bastante asustados ante la enormidad de todo cuanto los rodeaba.

Ulises no les había hecho caso y había decidido quedarse allí. Quería ver si los recibía bien, si era hospitalario. El cíclope, me refiero.

Poco después había llegado el gigante de un solo ojo y, al menos al principio, lo habían encontrado bastante normal al fin y al cabo. Bueno, todo lo normal que puede ser una bestia enorme, como una montaña de grande, y con un solo ojo. El gigante había ordeñado a sus ovejas con sumo cuidado. Las trataba con mucho cariño. Después había reparado en ellos, agazapados al fondo de la cueva, y había lanzado un grito:

—¿Quién anda ahí? ¿Qué estáis haciendo aquí?

Ulises había avanzado un paso y había soltado toda aquella historia de la hospitalidad y de Zeus, pero no había funcionado: el cíclope se había zampado a dos de sus mejores hombres.

Durante toda la noche, Ulises había revivido aquella escena: el cerebro de sus compañeros saliendo despedido contra las paredes de la cueva, la boca del gigante tragándose sus huesos. Y había pensado una y otra vez en cómo escapar de ahí, o en cómo matar al monstruo. Pero no había logrado que se le ocurriera ninguna idea, no digo ya buena, sino mínimamente aceptable.

Después, a la mañana siguiente, había oído al cíclope silbar para llamar a sus ovejas y se había enfurecido. Lo oía silbar pero no alcanzaba a verlo. Y esto, quién sabe por qué, le había hecho sentir una gran rabia.

Pero entonces, como una idea repentina, como si Atenea, la de los ojos resplandecientes, lo hubiese iluminado, había comprendido lo que debía hacer.

El bueno de Ulises había caído en la cuenta de que habría sido inútil enfrentarse al monstruo a cara descubierta. De hacerlo así, si lo mataba clavándole la espada en el hígado, después nadie podría desplazar la enorme piedra que cerraba la entrada de la cueva. Él no era tan fuerte como Hércules. Por otro lado, tampoco podía huir (siempre por la misma razón: la piedra que cerraba la entrada). Pero en ese momento a Ulises se le ocurrió una tercera manera.

Quiero decir que hay dos maneras de enfrentarse a un monstruo, o al menos todos piensan que solo hay dos maneras de hacerlo. La primera consiste en lanzarte sobre él, con todas tus fuerzas, espada en mano y gritando como un poseso, como haría justamente Hércules. Y entonces, si eres Hércules, consigues matar al monstruo; pero, si no, el monstruo te hace papilla a ti.

La segunda manera consiste en escapar.

Pues bien, Ulises había comprendido que existía otra forma de hacer las cosas.

La tercera manera de plantarle cara a un monstruo es no permitir que te vea, dejar de ser tú mismo de alguna manera. El monstruo —sea cual sea— si no eres nadie, no podrá matar a nadie.

No creáis que no hace falta valor para esto: hay que acercarse al monstruo hasta sentir su apestoso aliento, e incluso puede que haya que charlar un poco con él, como si fuera un viejo amigo, para disimular.

Era justamente este el truco que había empleado Ulises: disimular.

—Claro —le había dicho, mirando al suelo—, si hubieras sido hospitalario con nosotros..., te habría hecho un regalo...

El cíclope, que ya había vuelto, había ordeñado a sus ovejas, había preparado la leche para el queso y había ordenado un poco su cueva. Y después, ¡a cenar! Se había servido una jarra de leche recién ordeñada, había cogido a otros dos compañeros de Ulises, los había estrellado contra la pared y se los había zampado.

Todo esto os lo cuento para que veáis que no era nada fácil para Ulises

acercarse al monstruo mientras todavía estaba mordisqueando la pierna de uno de sus hombres, y decirle lo del regalo.

—¿Un regalo? —había preguntado el cíclope.

—Sí, aunque bueno, no es nada, no te creas... —le había contestado Ulises—. Solo un poco de vino.

Ulises se había traído consigo una damajuana de vino, y de verdad era su intención regalarla si hubiese conocido a alguien en la isla de los cíclopes. Era un vino bastante bueno, y también bastante fuerte. Se lo había regalado un sacerdote de Apolo. A decir verdad, el vino era tan fuerte que había que diluirlo con veinte partes de agua.

Al cíclope parecía interesarle mucho toda aquella historia del vino.

—Toma, te daré a probar un poco —le había dicho Ulises, tendiéndole un vaso lleno. El cíclope se lo había bebido, se había relamido, y enseguida había querido repetir.

—Si hubieras sido hospitalario con nosotros... —había dicho Ulises, sirviéndole otro vaso.

Y mientras tanto seguía pensando en cómo esconderse a los ojos del cíclope. Aprovecharía el vino y la oscuridad, y se ocultaría debajo de las ovejas.

—¿En qué piensas, viejo amigo? Dame un poco más de vino —le había dicho el cíclope—. Es bueno este vino tuyo... ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—¿Que cómo me llamo...? —Ulises había disimulado y después había dicho—: Nadie. —Había comprendido que lo primordial era no revelar su identidad.

El cíclope había agitado el vaso en su dirección, como para indicarle que estaba vacío y que debía rellenárselo.

—Me llamo Nadie —había repetido Ulises, sirviéndole otro poco de vino.

—Bien —había dicho el cíclope alzando el vaso—. A tu salud, Nadie. Me caes bien. Creo que te dejaré para el final, antes me comeré a todos los demás. —Y se había tomado otro trago de vino.

Así habían seguido un buen rato: Ulises servía y el cíclope bebía.

Al final, el cíclope había terminado totalmente borracho. Había soltado un eructo enorme y se había tambaleado ligeramente antes de desplomarse sobre

su cama. Lo más difícil estaba hecho.

NADIE

Una vez hecho esto, todo lo demás había resultado bastante sencillo.

Desde luego, había sido necesario mucho valor para coger aquel palo candente y clavárselo al cíclope en el ojo. Y por otro lado daba cierto repelús ver salir toda esa sangre de la pupila y oír ese chisporroteo, como si hubieran metido una espada al rojo vivo dentro del agua.

Pero bueno, al final el ataque tampoco fue tan largo. Eran cuatro; se acercaron a la cabeza del cíclope dormido y, entre tres, levantaron la estaca y se la clavaron en el ojo. Después Ulises se puso a darle vueltas como si fuera un taladro.

Al final, el ataque no duró demasiado porque el cíclope soltó un grito francamente espantoso, se levantó de golpe y se arrancó el palo del ojo. En ese momento huyeron todos y se escondieron al fondo de la cueva.

Después ocurrió lo que todo el mundo sabe:

—¡Socorro! ¡Me están matando! —grita él.

—¿Qué te ocurre, Polifemo? —preguntan los otros cíclopes.

—¡Me están matando! ¡Socorro! —repite él.

—¿Quién te hace daño, Polifemo? ¿Quién te está matando? —preguntan ellos de nuevo.

Y él responde:

—Nadie me está matando. Nadie.

Así ocurrió. Nadie lo dejó ciego.

No había nadie a quien atacar.

Así que los cíclopes se volvieron a dormir.

Ulises había esperado a que el cíclope hiciera salir a sus ovejas. Mientras

tanto las había reunido en grupos de tres, y había atado debajo de cada grupo a uno de sus hombres. Después él se había agarrado a la panza del cordero más grande del rebaño. Cuando el cíclope había palpado el dorso de las ovejas, haciéndolas salir de la cueva, no había notado nada, y las había dejado pasar. Mientras tanto seguía quejándose y despotricando contra «ese puerco cobarde y gallina de Nadie, que ha empleado un ardid para dejarme ciego».

Y entonces ocurrió el desastre, porque Ulises no fue capaz de resistirse.

—¡Polifemo! ¡Polifemo!

El cíclope no comprendía.

Oía la voz de Ulises desde el mar, sin embargo este tenía que estar encerrado en la cueva. Polifemo había palpado bien el dorso de cada oveja que salía; nadie había logrado escapar.

Exactamente: Nadie había logrado escapar.

—¡Polifemo! —gritó Ulises—. ¡No soy ningún cobarde!

El cíclope, furioso, arrancó de la montaña una piedra enorme y la lanzó al mar. La nave estuvo a punto de volcar.

Ulises volvió a gritar:

—¡Polifemo! ¡Polifemo!

—Capitán —dijeron sus compañeros—, ¿por qué lo provocas? El cíclope terminará por tirarnos encima la montaña entera.

Pero Ulises no era capaz de resistirse:

—Yo no soy ningún cobarde, Polifemo. Soy Ulises, el rey de Ítaca. Puedes decirlo en voz alta, es Ulises quien te ha dejado ciego. Ulises, aniquilador de hombres y gran capitán.

Ulises no se había resistido.

A toda costa había tenido que decirle que él era Ulises y no un don nadie. Había sido presuntuoso. Justo ahora que había derrotado al monstruo, había sido presuntuoso y no había sabido resistirse al orgullo de decir quién era realmente.

Ahora Polifemo estaba furioso:

—Pues yo soy Polifemo —gritó— y mi padre es Poseidón, dios del mar y de las tempestades. Que seas maldito, Ulises, y no vuelvas jamás a tu hogar. Que las tempestades desatadas por mi padre hagan imposible tu viaje, que tu

regreso sea largo, difícil y doloroso. Que no encuentres jamás la paz en este mar.

El cíclope lanzó otra enorme piedra, pero tampoco esta alcanzó la nave; al contrario, la ola la empujó hacia delante. Ya estaban fuera de peligro, Ulises y sus hombres estaban a salvo. Pero Poseidón había escuchado la plegaria de su hijo y ya las olas y la espuma blanca agitaban el mar color vino.

LA ISLA DE EOLO

Ulises se despertó de golpe. Todos los vientos del mundo soplaban alrededor de su nave. Nunca había visto una tormenta tan tempestuosa, un mar tan agitado, un viento tan fuerte que soplaban en todas direcciones. Enseguida comprendió lo que había ocurrido: los estúpidos de sus hombres acababan de abrir el odre que le había regalado Eolo.

En ese momento Ulises pensó que nunca lo conseguiría. Las cosas como son: él nunca había sido un viajero. Sí, le gustaba descubrir cosas nuevas. Y sabía navegar bastante bien: conocía las estrellas, los vientos, los mapas de las tierras y los mares... Las cosas como son: se le daba muy bien navegar. Pero la verdad es que, si de él hubiera dependido, nunca se habría marchado. Él no quería ir a la guerra, le traían sin cuidado Troya y todos esos líos, él nunca había querido tener nada que ver con todo aquello.

Ahora solo deseaba volver a su casa. Hacía diez años que no veía a Penélope y a Telémaco, su hijo; y ahora solo deseaba volver a su casa. Por segunda vez, había estado a punto de llegar; el rumbo era el adecuado. Ya podía ver en el horizonte el contorno de las montañas de Ítaca. Bastaba mantener el rumbo y en poco menos de un día de navegación arribaría a las costas de su patria.

Tras escapar de la isla de los cíclopes, aunque Ulises había tardado un poco en comprenderlo, al final había caído en la cuenta: había sido una verdadera estupidez por su parte decirle a Polifemo su verdadero nombre. Poseidón, que era el padre del cíclope, ahora desataría su ira contra él. Para tratar de aplacar a los dioses, Ulises había sacrificado en honor del poderoso Zeus un cordero muy grande, el mismo con el que había logrado escapar de la cueva del cíclope. Pero no había servido de nada.

Después de dormir un poco, Ulises y sus hombres habían zarpado y algo más tarde habían llegado a la isla de Eolo, el dios de los vientos. Este se había mostrado amable con ellos: los había recibido como un buen amigo, los había hospedado durante un mes y les había ofrecido banquetes exquisitos y lechos donde descansar. Y había querido escuchar las historias de Ulises: la partida desde Ítaca, la guerra, el caballo de madera y la belleza de Helena, la conquista de Troya, el regreso, las flores de loto y, por último, el cíclope.

Eolo había escuchado y Ulises, como siempre, había sabido relatar bien. Al dios de los vientos le había caído muy bien el héroe y había decidido ayudarlo. Quizá porque él vivía en aquella bellísima isla con sus doce hijos, y eran todos muy amados y felices. Quizá por eso Eolo pensó que Ulises merecía regresar a su casa.

Le había regalado un odre bien cerrado. Un odre, para entendernos, es como un capacho para la compra, una especie de bolsa hecha de cuero. Este, el de Eolo, estaba muy bien cerrado con una cadena de plata.

—No lo abras —le había dicho Eolo—, he encerrado aquí dentro todos los vientos del mundo. Tan solo el dulce Céfiro puede soplar libremente y te empujará hasta tu tierra.

El viento Céfiro había soplado sobre las velas de las naves durante nueve días y nueve noches. Ulises había gobernado el timón y habían navegado veloces rumbo a Ítaca. Y cuando ya podía verse el contorno de las montañas, Ulises, que estaba agotado, le había dejado el timón al marino en quien más confiaba y se había ido a dormir.

Los hombres, nerviosos pues sabían que por fin estaban a punto de llegar, habían empezado a tener ideas extrañas. Habían pensado que en el odre de Eolo habría quizá algún tesoro y que Ulises, en realidad, quería quedarse con todo el botín de guerra, sin dejar nada para ellos. Así que habían decidido apoderarse al menos de una parte del tesoro de Eolo. Habían soltado la cadena de plata y alrededor de las naves se había desatado el infierno.

«Si depende de mí», pensó Ulises, «no lo conseguiré jamás». Casi tuvo la tentación de mandarlo todo al diablo y tirarse al mar, para dejarse morir. Después decidió vivir y permitir que los vientos de Eolo y el destino lo llevaran donde tuviera que ir. Y los vientos furiosos empujaron lejos las naves

de Ulises. Lejos, surcando el mar color vino.

UNA MAGA HORRIBLE Y MALVADA

EURÍLOCO Y LOS CERDOS DE CIRCE

Una maga horrible y malvada. Euríloco lo había dejado bien claro. La verdad es que había tardado mucho en decidirse a soltar una sola palabra. Estaba tan aterrorizado que no conseguía hablar. Cuando por fin se calmó y Ulises le preguntó otra vez quién vivía en aquella cabaña en mitad de la isla a la que habían llegado, Euríloco dijo pocas palabras, pero muy claras: una maga horrible y malvada.

—¿Y qué tipo de magia hace? —le había preguntado Ulises.

—Pues desapariciones y misteriosas transformaciones.

—¡Ah! —había contestado Ulises.

Cuando se marcharon de la isla de Eolo y, al abrir su odre, desataron la tempestad más grande que jamás se había visto, Ulises y sus hombres llegaron a la isla de Circe. Bueno, no exactamente. Primero fueron a parar a la isla de los lestrigones, otros seres enormes, similares a auténticos gigantes cuya pasión era comerse vivos a los navegantes y lanzarles piedras muy grandes para hundir sus embarcaciones. Pero también esta vez lograron escapar, al menos casi todos, y llegaron, bastante asustados, a orillas de la isla de Circe. Una vez más, una isla desconocida habitada por quién sabe qué monstruos de pésimas costumbres.

Esta vez Ulises decidió ir él solo a echar una ojeada. Se adentró en el bosque hasta llegar a un claro. En mitad de este claro había una cabaña con una chimenea que escupía humo. «Bueno», pensó Ulises, «parece el dibujo de un niño, no debe de ser un lugar muy peligroso». Hay que decir que no había visto los lobos y los leones que montaban guardia alrededor de la casa. Quizá por ello pensó Ulises que era un lugar tranquilo.

Como todas las veces que había mandado a reconocer el terreno a dos

hombres y al heraldo, que es una especie de embajador, al final había resultado que se los comía algún monstruo, esta vez Ulises decidió dividir a sus hombres en dos grupos y echar a suertes quién iba a explorar la isla. Un grupo lo encabezaría él, y el otro, Euríloco, su mejor hombre, el segundo de a bordo. Uno de los grupos permanecería de guardia en la nave y el otro iría a ver quién vivía en la cabaña. Esta misión le correspondió a Euríloco. No es que le hiciera mucha ilusión, pero obedeció de todas maneras. Al día siguiente regresó solo y presa del pánico. Y, tras muchas vacilaciones, logró contarles toda la historia.

Acompañado de sus veinte hombres, Euríloco había llegado al inicio del claro y había visto —ellos sí que la habían visto— una manada de leones y lobos que daba vueltas alrededor de la cabaña. «Hombre», pensaron, «no se puede decir que sea exactamente como el dibujo de un niño». Sin embargo las órdenes eran las órdenes y, pese a su temor, habían ido a ver qué había en el interior de la cabaña. Lo extraño era que los leones y los lobos no los habían atacado, ni tampoco habían huido asustados. Habían ido hacia ellos meneando la cola, como si fueran perros amaestrados recibiendo a su amo. Euríloco había empezado a sospechar. Habían llamado a la puerta, pidiendo permiso para entrar. Una esclava muy bella, casi una ninfa diría yo, había acudido a abrirles y después había ido a llamar a la dueña de la casa. Y entonces había llegado Circe.

No querría resultar pesado, pero el caso es que esta historia de que Circe fuera una maga horrible y malvada no es del todo exacta. Para empezar, no era horrible en absoluto; al contrario, era muy bella. Pero que muy, muy bella. Euríloco y sus hombres se habían quedado boquiabiertos nada más verla. Esto es lo primero que habría que decir de Circe: que era una mujer bellísima. Tanto que nuestros hombres no habían podido resistirse y habían entrado en su casa en cuanto ella los invitó a hacerlo. Todos menos Euríloco, que de mujeres bellas sabía bastante y por eso se había mantenido a unos pasos y se había escondido detrás de la casa para observar toda la escena.

Así había ocurrido todo: Circe había acomodado a sus nuevos huéspedes y les había dado de comer y de beber. Y bien, digamos que habría sido mejor que prestaran atención a lo que bebían, porque no era vino, ni tampoco agua. Después de comer y de beber habían empezado a sentirse raros; alguno había

soltado un gruñido, a otros les habían salido pelos duros en los brazos, en lugar de vello, y después una cola rizada y un morro de cerdo.

La magia le había salido a la perfección; Circe estaba muy satisfecha. Tampoco esta vez la abandonarían aquellos hombres y, como todos los demás transformados en lobos y leones, se quedarían para protegerla y hacerle compañía en aquella isla perdida.

No era horrible Circe, y tampoco era tan malvada, pero, pese a todo, Euríloco se había llevado un buen susto al ver a sus compañeros transformados en cerdos y había vuelto corriendo a la nave.

Ulises había comprendido enseguida que también esta vez había ocurrido algo. No solo porque Euríloco estuviera presa del pánico, sino también porque había regresado solo. No era buena señal. Ulises ya había perdido un buen puñado de hombres entre los que se había zampado el cíclope y los que se habían comido los lestrigones.

Y ahora, ¿qué otros monstruos antropófagos vivían en aquella isla?

—Una maga horrible y malvada —había logrado decir Euríloco al fin.

—¿Una maga? —había preguntado Ulises.

Euríloco había indicado que sí con la cabeza.

—¿Y qué tipo de magia hace? —había seguido preguntando Ulises.

—Pues desapariciones y misteriosas transformaciones.

—¡Ah! —había contestado Ulises. Enseguida había sospechado que algo no marchaba bien, que una vez más no habría sido una simple parada en una isla normal y corriente en la que hacer acopio de provisiones para luego reemprender el viaje.

No. Ulises tenía la corazonada de que, de nuevo, ocurrirían muchas cosas antes de que sus hombres y él pudieran marcharse, surcando el mar color vino.

ULISES Y CIRCE

Ulises oyó un ruido a su espalda, un crujido como de hojas, como un batir de alas. Entonces se detuvo, se arrodilló y agachó la cabeza.

Se había dado cuenta de que se trataba de Hermes, el dios de los ladrones, poeta, simulador y, lo más importante, mensajero de Zeus. Esto es, mensajero del primero entre todos los dioses. Con el tiempo, Ulises había aprendido a reconocer a los dioses. Cuando un dios se muestra, es porque debe decirte algo importante. Si no lo sabes reconocer, es probable que le sienta mal. Quiero decir que si un dios se muestra es porque te tiene aprecio o porque está enfadado contigo. En cualquiera de los dos casos, no reconocerlo solo puede empeorar la situación.

Ulises había hecho una reverencia nada más oír el murmullo que hacen las alas de las sandalias de Hermes. A este, que era ya de por sí un dios bastante simpático, le había gustado mucho el gesto de Ulises. Había esbozado una gran sonrisa y se había mostrado en toda su hermosura. Estaba agachado en la orilla de un estanque, y mientras tiraba piedrecitas al agua, observaba cuanto ocurría.

—¿Adónde vas tan deprisa, Odiseo? —dijo Hermes, sin apartar la vista del estanque. Odiseo es la forma griega del nombre de Ulises, y como Hermes era también el dios de las lenguas y los lenguajes, lo llamó en griego. Bueno, y también porque él era griego.

—A casa de la maga Circe, mi señor —respondió Ulises.

—Entonces buena suerte, amigo mío.

Tan solo en ese momento alzó Ulises la cabeza y lo miró. También Hermes había dejado de tirar piedrecitas al estanque y se había vuelto hacia Ulises. El

dios sonrió, se puso en pie y, con los ojos destellantes de astucia y de inteligencia, se dirigió hacia él.

—¿Necesitas ayuda?

Ulises le indicó que sí con la cabeza.

—Es una maga peligrosa esta Circe —dijo Hermes, el de las sandalias aladas—, pero no es malvada, ni tampoco horrible. Al contrario, verás que es bella, muy bella. Querrá darte de beber una pócima mágica para transformarte en algún animal salvaje, porque quiere que os quedéis aquí. Se siente sola porque todos los hombres que vienen a visitarla después se marchan corriendo. Quizá porque es demasiado bella, o porque es un poco mágica... Bueno, tú tómate estas hierbas y su pócima no surtirá efecto. Circe entonces querrá estar contigo, querrá amarte. Tú correspóndele, ella merece tu amor. Pero hazle prometer que después liberará a tus compañeros. Tienes que ser muy firme y resuelto con ella, pero debes quererla mucho a la vez.

Hermes lo miró a los ojos, arqueó dos veces las cejas y luego añadió sonriendo:

—¡No sé si me he explicado bien!

Ulises le dijo que sí, que se había explicado bastante bien. Hermes se alegró mucho, pues era un dios al que le gustaba sobremanera contar las cosas y explicarlas. Después volvió a su estanque y Ulises se encaminó hacia la casa de la maga.

Circe era de verdad muy bella. Y tampoco parecía tan malvada. Desde luego era una mujer decidida y, como había dicho Hermes, tenía algo de mágico, algo que incluso puede dar un poco de miedo.

Ulises hizo lo que le había dicho Hermes y la pócima mágica no funcionó. Al principio Circe se quedó bastante sorprendida, pero enseguida se puso a mirarlo con ojitos mimosos y a tratar de hechizarlo. Entonces Ulises desenvainó su espada y la blandió contra Circe.

—Ahora —le dijo— debes liberar a mis compañeros y tratarnos como a huéspedes dignos de consideración.

Ella lo miró desconcertada, pues no estaba acostumbrada a vérselas con hombres tan resueltos y seguros de sí mismos. Entonces Ulises vio que, al fin y al cabo, no era tan malvada, y que en el fondo de su mirada había una gran dulzura. Dejó caer la espada y la besó.

Circe y Ulises estuvieron juntos un año entero.

Por supuesto, la maga liberó a los compañeros de Ulises, que volvieron a convertirse en hombres, y también ellos fueron muy felices. Tenían comida y bebida en abundancia, iban de caza, jugaban a los dados y de vez en cuando iban a la playa. Las esclavas de Circe se ocuparon de los compañeros de Ulises con mucho esmero, y Circe atendió a Ulises.

Por las noches, el héroe iba a menudo a contemplar el mar desde lo alto de los acantilados y pensaba en su hogar en Ítaca. Pero al rato Circe se reunía con él y trataba de distraerlo. Paseaban juntos por los jardines de la isla y charlaban. Se estaba bien con Circe, era una mujer muy inteligente y era divertido hablar con ella, Ulises nunca se aburría.

Le hablaba de la guerra de Troya, y Circe, de los dioses y de sus historias, y charlaban así hasta que el sol se ocultaba del todo tras el mar color vino.

EN EL HADES

Cuando Ulises degolló a las ovejas y la sangre empezó a llenar la fosa, las almas de los muertos emergieron lentamente de la oscuridad. En ese momento Ulises sintió miedo de verdad; un miedo que no había experimentado nunca antes. No tenía nada que ver con el terror reflejado en los ojos de Euríloco por culpa de Circe; ni con el temor que a Ulises le había provocado el ruido de los huesos de sus compañeros aplastados bajo los dientes del cíclope; ni tampoco con el miedo de que lo descubrieran cuando entró a escondidas en Troya para robar el Paladión. El temor que sintió Ulises al ver acercarse a las almas quizá fuera similar al que había experimentado tantos años antes cuando se marchó de Ítaca para ir a la guerra. El miedo de no volver a ver a Penélope y a Telémaco, su hijo.

Nadie antes que él había ido jamás al reino de los muertos. Nadie, excepto Hércules, claro. Ulises no sabía si regresaría vivo de allí. En términos generales, no era lo más probable. Me refiero a que no es habitual regresar vivo del reino de los muertos: uno va allí una vez muerto, y se queda para siempre. Pero esto no era lo único que lo aterrorizaba: también le daba un miedo terrible el simple hecho de saber lo que significa estar muerto, de ver en qué consiste la muerte.

Cuando Circe le había dicho que debía ir al Hades, el reino de los muertos, para interrogar al alma de Tiresias, el adivino, Ulises se había echado a llorar como un niño. No quería ir. Circe había esperado a que se le pasara el miedo y luego le había explicado cómo llegar al Hades y qué hacer para que las almas acudieran a revelarle el futuro.

—Si quieres volver a casa —le había dicho Circe—, tienes que ir allí donde está la muerte. Y entonces podrás seguir viviendo.

Por supuesto, Ulises no había comprendido del todo la idea de que para vivir tuviera que ir al encuentro de la muerte. Pero se había fiado de Circe.

Ella, a fin de cuentas, en aquel año que habían pasado juntos había sido una buena compañera. Cuando Ulises le había dicho que quería regresar a casa, no había tratado de retenerlo, al contrario, le había explicado qué hacer para conocer su destino. Le había dicho que tenía que ir hasta el Hades y hablar con Tiresias, el adivino. Él le explicaría el futuro y lo que tenía que hacer para regresar.

Ulises había obedecido. Había navegado por el océano y había llegado hasta sus confines, donde está el país de los cimerios y donde no brilla nunca el sol. En medio de aquella oscuridad que todo lo cubría, con un frío que le calaba hasta los huesos, Ulises había llegado a la entrada del Hades y había hecho lo que le había indicado Circe: había cavado un agujero y lo había llenado de miel y de leche, de vino, de agua y de harina, como ofrenda a los muertos. Después había cogido unas ovejas, las había degollado y había vertido su sangre en el hoyo. Al instante habían emergido las almas de los muertos. Todas querían beber de esa sangre.

Había sido bastante asqueroso ver cómo Tiresias se bebía aquel brebaje. Además, el adivino se había tirado dentro de aquel pozo de sangre, como si al hacerlo pudiera beber un sorbo de vida para hablar de nuevo después de tanto tiempo. Pero no solo él, también todas las almas se habían precipitado hacia Ulises y él había tenido que mantenerlas a distancia con su espada.

Sea como fuere, al final Tiresias se había bebido la sangre y había empezado a hablar.

A Ulises le había resultado extraño que le contaran lo que le ocurriría. Sobre todo que le contaran que al final lograría regresar a casa. Que volvería a ver a Penélope y a Telémaco, y que una vez más podría detenerse a contemplar el mar color vino desde lo alto de los acantilados de Ítaca. Pero Tiresias había sido muy claro. No era como los oráculos, que hablan en nombre de un dios y no se entiende muy bien lo que dicen. Tiresias el adivino había sido clarísimo:

—Volverás a Ítaca. El motivo por el que sigues naufragando es porque has dejado ciego a Polifemo, que es hijo de Poseidón, el dios del mar. Pero la ira

de Poseidón se aplacará y tú y tus hombres podréis regresar. Siempre y cuando no os comáis las vacas del dios del sol. En modo alguno debéis ofender a ninguna de sus vacas. Si haces lo que te digo, todo saldrá bien. En caso contrario, tu viaje será desastroso, ya nunca regresarás...

Ulises se había sobresaltado al oír esto.

—Y si alguna vez regresas —había añadido Tiresias—, será después de mil años y de mil aventuras. Y encontrarás tu casa llena de hombres malvados que estarán despilfarrando tus bienes y que tratarán de arrebatarte a tu esposa.

Tiresias había bajado su mirada vacía. Y, sin despedirse, sin decir una palabra más, se había dado la vuelta y, como había aparecido, había vuelto a desaparecer en la oscuridad. Al instante todas las almas habían vuelto a avanzar y habían tratado de tirarse al pozo para beberse la sangre.

Ulises había sentido un escalofrío que le recorría la espalda. Nunca como en ese momento había sido tan fuerte su deseo de estar a bordo de una nave y escapar lejos, deslizándose veloz sobre el mar color vino.

LAS SIRENAS. ESCILA Y CARIBDIS

¡Desatadme, maldita sea! ¡Desatadme! Que me desatéis os digo, estúpidos...

No sé qué palabrotas diría Ulises en aquella ocasión, pero alguna que otra dijo seguro. El caso es que ya no aguantaba, no podía más. Quería ir con las sirenas, quería bajar de la nave, quería quedarse allí.

Por suerte, esta vez sus hombres habían entendido muy bien sus órdenes y las estaban obedeciendo. Ellos, que tenían los oídos tapados con cera, no oían a las sirenas, por lo que no había ningún peligro. Él, en cambio, sí que las oía, y de qué manera, las oía perfectamente. Y quería bajar de la nave, quería irse con ellas. Pero ¿por qué no se había puesto él también los tapones de cera? Podía ponérselos y seguir hacia delante, remar con fuerza para no oírlas, pasar de largo por delante de ellas y limitarse solo a verlas, con ese extraño cuerpo de pájaro bajo un busto de mujer; pero no oír su llamada.

«Uliseeeees, Uliseeeees, ¿adónde vas? Quédate con nosotras».

Circe, la maga, le había dado la idea de los tapones de cera.

—Tapa con cera los oídos de tus hombres, y a ti, si de verdad quieres escucharlas, di que te aten al palo mayor, pero que te aten bien, y ordénalas que no te liberen bajo ninguna circunstancia.

Pero ¿por qué no le había dicho que también él se tapara los oídos y pasara de largo?

Porque Circe conocía bien a Ulises. Sabía que él habría querido oír la voz de las sirenas, habría querido disfrutar de aquella belleza y aquel placer. Y era cierto, Ulises quería saber, quería conocer todas las cosas.

Al salir del reino de los muertos, Ulises había regresado junto a sus hombres a la isla de Circe. En el Hades se había encontrado con Elpénor. La

verdad es que Ulises se había quedado de piedra, porque Elpénor era uno de sus hombres, uno de los que, hasta el día anterior, habían estado con él en casa de Circe. Ulises no acertaba a entender cómo había llegado al Hades antes que él.

Elpénor había muerto, esa era la razón. Al bajar por una escalera en casa de Circe, se había caído y se había desnucado. El que estaba en el Hades no era Elpénor, sino su alma. Sea como fuere, Elpénor le había pedido a Ulises que volviera a la isla de Circe y lo enterrara con todos los honores. Y Ulises lo había hecho, porque, aunque había tenido una muerte un poco tonta, Elpénor era un gran soldado y un gran marinero, y por lo tanto se merecía una sepultura acorde con su condición.

Ulises había regresado pues a la isla de Circe, había tomado el cuerpo de Elpénor y lo había incinerado sobre un montón de leña. Después todos juntos habían enterrado las cenizas en la orilla, colocando un remo a guisa de lápida. Al ver Circe que habían vuelto, había acudido enseguida a recibirlos y les había ofrecido un banquete para prepararlos para el viaje que les aguardaba. Después de que hubieran bebido y comido, Circe había llamado a Ulises para hablar con él a solas y le había revelado lo que le ocurriría en su viaje.

—No será fácil salir de aquí, astuto Ulises, no será fácil en absoluto.

Y le había hablado de las sirenas, y de Escila y Caribdis.

Con las sirenas había ocurrido exactamente lo que había dicho Circe. Habían llegado junto a las rocas y de repente el viento había dejado de soplar. Los marineros entonces se habían puesto a remar, y Ulises a prepararles la cera con la que tapanles los oídos. Después les había ordenado que lo ataran.

Había funcionado: Ulises había oído la voz de las sirenas, pero había sido capaz de resistir y habían pasado de largo.

Ulises no le dijo a nadie cómo era la voz de las sirenas. Era el único que la había oído y no había muerto después. Pero no le contó nunca a nadie cómo era esa voz.

Ahora, sin embargo, les aguardaba el encuentro con Escila y Caribdis y no iba a ser fácil derrotarlos. Escila y Caribdis eran dos monstruos espantosos que vivían uno enfrente del otro, en un estrecho entre las rocas, en medio del mar. Para regresar a Ítaca no había más remedio que atravesar el estrecho situado entre Escila y Caribdis.

Caribdis era tan monstruoso que ni siquiera se sabe qué aspecto tenía. Vivía en el fondo del mar y, tres veces al día, se tragaba el agua para luego volver a escupirla. Y cada vez que lo hacía, creaba un torbellino que arrastraba hacia el fondo todo lo que se pusiera por delante.

Escila, en cambio, sí se sabía cómo era. Aunque, en realidad, todos los que habían visto al monstruo habían muerto después: devorados. Escila tenía seis cuellos que soportaban seis horribles cabezas con tres hileras de dientes cada una, por lo que podía comerse a seis hombres a la vez. Vivía en una cueva que dominaba el estrecho, enfrente del lugar donde Caribdis se tragaba el mar tres veces al día.

Pues bien, Ulises no tenía más remedio que atravesar ese estrecho con su nave.

Circe lo había avisado y le había dicho que tendría que elegir entre estas dos opciones: sacrificar a seis de sus hombres, que morirían devorados por Escila, o bien perecer todos, la nave incluida, en el remolino de Caribdis. Ulises había meditado el dilema mucho tiempo y después se había marchado.

Cuando llegó el momento de pasar entre los dos monstruos, había decidido que era mejor sacrificar a seis hombres que dejarlos morir a todos. Pero no había sido una decisión fácil, en absoluto. Ulises había ordenado al timonel que acercara la nave al lado derecho del estrecho, justo debajo del lugar donde vivía Escila, y sobre todo le había insistido en que siguiera avanzando, pasara lo que pasara.

El timonel y los demás hombres no sabían que en ese lado estaba Escila. Pero al pasar la nave bajo su cueva, el monstruo había asomado las seis cabezas y, con los dientes, había atrapado a seis de ellos, devorándolos sin piedad. Ulises había intentado no mirar, pero no había podido evitar oír sus gritos. Nada en toda su vida había sido más doloroso para él que ver a sus compañeros morir de aquel modo; porque lo había decidido él.

Pero habían logrado atravesar el estrecho y ahora Ulises podía por fin emprender el camino de regreso. Una brisa ligera los empujaba mientras surcaban el mar color vino.

LA ISLA DEL SOL

Ulises estaba agarrado a una vieja higuera que sobresalía por encima de las rocas, con las piernas colgando en el aire. Debajo de él se extendía el mar.

Bueno, para ser precisos, realmente lo que se extendía debajo de él era el torbellino monstruoso de Caribdis que se lo estaba tragando todo, incluidos la nave y los compañeros de Ulises.

Este se preguntaba cuánto resistiría así, colgado de la higuera, sin poder apoyar las piernas y sujetándose solo con los brazos. No mucho, no demasiado. Se preguntaba también cuánto tiempo seguiría Caribdis tragándose el agua y cuánto tardaría luego en escupirla.

Ulises se estaba haciendo un montón de preguntas, y pensaba en todo lo que le había ocurrido hasta entonces. Solo esperaba que no le abandonaran las fuerzas. Y que el remolino no se lo tragara a él también, como se había tragado a sus compañeros a bordo de la nave.

Habían llegado a la isla donde pastaban los rebaños y las vacas del dios del sol. Unas vacas preciosas, con los cuernos retorcidos. Y entonces se había desatado una nueva tempestad y habían tenido que quedarse en tierra hasta que el tiempo mejorase.

Ulises sabía que no debían tocar las vacas del dios del sol, por lo que había ordenado a sus compañeros que se comieran solo las provisiones que les había dejado Circe. Y ellos, al menos al principio, le habían hecho caso. Después, cuando la comida había empezado a escasear, se habían ido de caza, o de pesca; pero no habían encontrado gran cosa.

Los hombres empezaban a tener hambre. Ulises sabía que no resistirían mucho tiempo y que tarde o temprano se comerían esas vacas. Por ello había

decidido ir a rezar a los dioses, para suplicarles que aplacaran la tempestad y los dejaran marchar.

Pero había ocurrido algo. Ulises en algún momento se había quedado dormido. Al despertar, ni siquiera acertaba a calcular cuánto tiempo había dormido. Se había levantado de un salto, como al final de una pesadilla, y al instante había comprendido que algo no marchaba bien. Se había puesto a correr, y cuanto más se acercaba, más le parecía percibir un olor a carne quemada y unos atroces mugidos que venían de la playa. Ulises corría, y los mugidos y el olor se hacían cada vez más fuertes.

Al llegar a la playa había visto a las vacas del dios del sol en el asador: despellejadas, descuartizadas y medio asadas ya, seguían mugiendo como monstruos horribles.

Había ocurrido lo que no debía ocurrir: sus hombres habían matado a las vacas del dios del sol.

Ulises se había puesto como una fiera, pero sabía perfectamente que de poco servía ya enfadarse así. Ahora les tocaba actuar a los dioses, y no había nada que hacer.

Helios, el dios del sol, al ver a sus vacas de aquella manera, fue a buscar a Zeus.

El gran Zeus no necesitó que Helios le dijera nada, aunque este de todas maneras se quejó muchísimo. Le parecía sinceramente ultrajante que unos mortales cualesquiera se hubiesen permitido asar sus vacas.

Cuando Ulises y los suyos volvieron a echarse a la mar, se desató una tormenta fortísima que volvió a empujarlos hacia Escila y Caribdis. Después, un rayo partió el palo mayor y la nave se estrelló contra las rocas. Caribdis se la tragó, junto con todos los hombres.

Ulises sabía bien que ese rayo era Zeus, sabía bien que esa era la furia de los dioses. Mientras Caribdis se tragaba la nave y a sus hombres, pugnó por agarrarse a la rama de un árbol que crecía entre las rocas y lo logró.

Y ahora estaba allí, sujetándose solo con los brazos, mirando a Caribdis que, por debajo de él, se tragaba el mar color vino y todo lo que flotaba en la superficie.

Ulises sabía que ya no podía rezar a ningún dios, que los dioses se habían

ofendido y que ahora estaba de verdad solo. Todos sus hombres habían muerto, su nave había quedado destruida y a él no le quedaba más que resistir, colgado de aquella rama. Pero no podría resistir eternamente. Pensó en su mujer, en su hijo, en los compañeros a los que había visto en el reino de los muertos; pensó en los más grandes de entre los héroes.

En el Hades había visto a Orión, el gigante cazador que se atrevió a desafiar a Artemisa en el lanzamiento del disco y fue castigado por ello. Y a Tántalo, que permanecía inmóvil en mitad de un estanque sin poder beber el agua cristalina y sin llegar a alcanzar un árbol de fruta exquisita que colgaba por encima de su cabeza. Había visto también a Sísifo, que trató de engañar a Zeus y ahora estaba condenado a empujar una enorme piedra por la ladera de una colina; en cuanto llegaba a la cima, la piedra caía rodando de nuevo hasta abajo. También había visto la sombra de Hércules, que ya era inmortal y compartía banquete con los dioses, pero que en el pasado también él descendió al Hades y capturó al can Cerbero.

Ulises estaba colgado de esa rama de higuera y pensaba en los héroes, unos hombres tan fuertes y con un ingenio tan vivo como para intentar engañar y derrotar a los dioses. Él, en cambio, no lo conseguiría jamás, pensaba. No era tan fuerte como Hércules o como Orión, no era tan sagaz como Sísifo, ni tan audaz como Tántalo. Ya no había héroes como aquellos. Él no era más que Ulises, y sentía que ya empezaban a abandonarlo las fuerzas.

Pero ¿de qué sirve ser tan heroico si después se termina en el infierno, empujando piedras eternamente?

¿Y si tenía razón Aquiles?

En su descenso al Hades, Ulises se había encontrado también con Aquiles, el glorioso Aquiles. A decir verdad no tenía muy buen aspecto: un velo de tristeza parecía empañar la gloria de antaño.

—Ulises —le había dicho—, ¿qué estás tramando? ¿Qué ardid tratas de poner en práctica?

Casi parecía divertirse la idea de que Ulises estuviera urdiendo alguna estratagema justo allí, en el reino de los muertos.

—Ningún ardid, glorioso Aquiles —le había contestado Ulises—. He venido para ver a Tiresias, para que me diga la manera de regresar a Ítaca.

Pero tú no tienes buen aspecto. Eras el más grande entre los hombres, has tenido una vida llena de victorias y de glorias. Y ahora ejerces un gran poder entre los muertos. No deberías estar tan triste.

—Déjalo, amigo mío —había sido la respuesta de Aquiles—, no me hables de la muerte. Si pudiese elegir, preferiría mil veces ser un pobre siervo vivo antes que el rey de los muertos.

A Ulises ya no lo sujetaban los brazos, estaba a punto de soltarse. Caribdis, en ese momento, empezó a escupir el mar que se había tragado antes. Junto con el agua, emergieron también fragmentos de la nave. Ulises se dejó caer y se agarró a un tablón de madera, y con él logró resistir en aquel torbellino de espuma y olas que se agitaba furioso.

¿Y él?, pensó, tratando de nadar con todas sus fuerzas para alejarse de Caribdis, ¿él qué habría preferido ser? ¿Siervo o rey de los muertos?

Él habría preferido estar en su casa, y contarle a su hijo las historias de los dioses y de los héroes, contemplando el mar color vino.

DEL AMOR Y SUS PENAS

ZEUS Y EL DESTINO DE LOS HOMBRES

Del amor y sus penas, Atenea no quería saber nada, no quería tener nada que ver con ello. No pensaba tampoco en el amor entre Ulises y Calipso. Fuera lo que fuese, no era asunto suyo. Lo que sí pensaba Atenea era que Ulises tenía que regresar a casa; nada más.

Así que decidió ponerse manos a la obra.

La diosa de los ojos resplandecientes, diosa de las artes, de la estrategia y de la inteligencia, entró en la sala de banquetes, se aseguró de que no estuviese allí Poseidón y se fue directamente a hablar con Zeus, su padre.

Poseidón, el dios del mar —dicho sea de paso—, había ido aquellos días a visitar a los etíopes, un pueblo que vivía bastante lejos, en los confines del mundo. Estos habían invitado al dios del mar a una fiesta en su honor. Así se distraería, pensaría en otras cosas y no estaría todo el rato pendiente de lo que hacía Ulises, que por otra parte llevaba seis años en la isla de Calipso y no parecía tener intención de marcharse. No es que el gran Poseidón le hubiera permitido un regreso tranquilo, surcando un mar en calma y con el viento a favor... Pero no parecía que Ulises fuese a partir justo en ese momento. Y por eso Poseidón pensó que podía distraerse un poquito e ir a esa fiesta que los etíopes estaban organizando en su honor.

Atenea entró en la sala de banquetes.

—No quisiera parecer demasiado frío y distante —estaba diciendo Zeus—, pero los mortales no pueden enfadarse con los dioses cada vez que les acaecen desventuras y sufrimientos. Sufrimientos que, por otra parte, ellos mismos han provocado con sus acciones.

Zeus, el gran Zeus, padre de todos los dioses, el dios que gobernaba el mundo y la justicia, el dios que por encima de todo gustaba de perseguir a las ninfas de los bosques y que protegía a los huéspedes. Zeus, como digo, comentaba estas cosas porque era tarea suya velar por que todo, en el cielo y en la tierra, funcionase como era debido, como era necesario. Pero ¿cuál era el problema en concreto?

—Vamos a ver —prosiguió el gran Zeus—, lo que quiero decir es que Egisto se fue con la mujer de Agamenón mientras este se encontraba en Troya, y cuando el gran general volvió de la guerra, lo mató a él y a todos sus hombres. Lo que quiero decir es que Egisto sabía bien lo que estaba haciendo.

—Uno no se va con la mujer de otro —dijo Hermes con una sonrisita ligeramente alusiva al comportamiento del propio Zeus.

—Más que nada, uno no se planta en casa de otro, no se apodera de sus bienes, no pretende su trono y, sobre todo, no lo mata en cuanto regresa —puntualizó Zeus.

El padre de todos los dioses conocía bien a Eros, el dios que gobierna la pasión; lo sabía todo del amor y de sus penas. Por lo tanto, no estaba acusando a Egisto porque se hubiera enamorado de Clitemnestra, la mujer de Agamenón. No; el problema no era el amor. Él estaba acusando a Egisto de haber matado a Agamenón y de haber querido apropiarse de su trono.

—Egisto sabía bien lo que hacía —repitió Hermes.

Ocurría siempre así: cuando discutían —o, mejor dicho, charlaban— en la sala de banquetes acerca de los destinos del mundo y de los hombres, Hermes se sentaba junto a Zeus. Hermes, dios de los comerciantes, ladrón, poeta y simulador, decía lo que decía Zeus, revelaba sus pensamientos, exponía sus razonamientos, los explicaba y, si era necesario, iba a comunicárselos a otros.

En resumen, estaban hablando de Egisto, que se había enamorado de Clitemnestra y, después, del trono de su marido. Zeus se había dado cuenta desde el principio de que algo no marchaba bien. Aquello no era amor, no era como perseguir a una ninfa por el bosque y luego atraparla sobre un prado florido. Zeus sabía que Egisto estaba dispuesto a matar a Agamenón. Así que pensó que sería justo advertirle. Es decir, hacerle entender cuáles serían las consecuencias de sus actos. Y para ello mandó a Hermes.

Hermes acostumbraba a hablar con mucha claridad y así lo había hecho con Egisto. Le había dicho que tuviera cuidado, que cuando uno hace una cosa, antes o después termina por pagar las consecuencias. En este caso concreto, Orestes, el hijo de Agamenón, volvería para vengar a su padre.

Egisto no era de los que saben reconocer a los dioses, y no había comprendido lo que le había dicho el dios de los ladrones, o había fingido no comprenderlo. Se había fijado en la simpatía de Hermes, en lo divertido, fascinante, veloz y bello que era. Y había pensado que quería ser como él. Pero no había comprendido lo que le había dicho.

—Y ahora —Zeus retomó su razonamiento—, Egisto está pagando su culpa. Que no venga luego a decirme que los dioses la tienen tomada con él —por supuesto, se refería al hecho de que Orestes, el hijo de Agamenón, había regresado y había matado a Egisto.

—Padre —dijo Atenea.

Zeus se alegró mucho de verla, sin duda alguna era su hija preferida.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó.

—Ulises.

—Ulises, claro —dijo Zeus, que desde luego habría preferido seguir charlando con Hermes del destino de los hombres en lugar de afrontar el problema de Ulises.

Estaba empezando a convertirse en una historia muy complicada, al menos a juicio de Zeus. Y todo porque Poseidón estaba muy enfadado con Ulises por haber dejado ciego a su hijo Polifemo. Mientras que Calipso, al contrario, se había enamorado del héroe. De modo que el primero, por despecho, no quería que regresara a casa; y la segunda, por amor, no quería que se marchara. Pero sea como fuere, y por el motivo que fuera, ni Poseidón, ni Calipso, ni ninguna otra persona podían impedir que Ulises regresara a su hogar.

La verdad era esta: era necesario que Ulises se marchara en algún momento. Era su destino. Y todos lo sabían bien: lo sabía Poseidón que, a su regreso de los banquetes en el país de los etíopes, no recibiría la noticia con mucha alegría desde luego. Lo sabía Calipso, que nunca habría querido verlo marchar. Lo sabía también Zeus, que por lo tanto ordenaría a Calipso que dejara marchar a Ulises, y a Poseidón, que le permitiera atravesar el mar. Bueno, quizá por el momento no le dijera nada a Poseidón, y después, cuando

este volviera del país de los etíopes, ya encontraría la manera de hacérselo comprender. Y lo sabía también Hermes, que intuía siempre lo que pensaba Zeus y, cuando llegaba el momento, iba a comunicárselo a otros.

El único que no sabía nada era Ulises. Estaba en lo alto de un acantilado contemplando el mar y llenándose el corazón de tristeza y de melancolía a causa del amor y de sus penas. En este caso, a causa del amor de Calipso y el amor de Penélope, y también el de Circe. Ulises se sentía bastante confuso.

Pero mientras tanto Hermes volaba ya, más veloz que el pensamiento, para decirle a Calipso lo que debía hacer. Hermes, el de los ojos vivos, se dirigía ya hacia ella, sobrevolando el mar color vino.

CALIPSO

Ulises estaba sentado en lo alto del acantilado contemplando el mar y llenándose el corazón de tristeza y de melancolía, cuando oyó un susurro a su espalda. Comprendió que era Hermes, pues reconoció el murmullo de sus alas.

Entonces supo que había llegado el momento y tomó la decisión que llevaba seis años postergando. Se levantó y se dirigió a la casa de Calipso. Por fin podría marcharse.

Hacía seis años que Ulises pasaba las noches con Calipso, dormían juntos, se amaban. Después desayunaban y Calipso, todas las mañanas, trataba de convencerlo de que se quedara con ella para siempre. Ulises la miraba y seguía comiéndose su pan y su requesón, y bebiéndose su leche de cabra. Después salía, caminaba por aquella isla tan hermosa, recorría aquellos bosques de hayas y alerces, y al final siempre acababa en los acantilados y se sentaba en lo alto, para contemplar el mar color vino.

Es muy hermoso mirar el mar. Es tan profundo y lejano, tan infinito; y además cambia continuamente. Quizá el propio Ulises no lo supiera, pero mirar el mar es como mirar uno mismo en su interior y tratar de entender algo que no puede entenderse. Pero el mar es tan hermoso, profundo e infinito, que uno sigue mirándolo y tratando de entenderlo. Por eso, cuando se contempla el mar, el corazón se llena de melancolía, porque uno está mirando en su interior.

Ulises no sabía qué hacer, no lograba decidirse. Llevaba allí seis años y no conseguía tomar una decisión. Pero ¿cuál era la decisión acertada?

La de levantarse, dirigirse a casa de Calipso y decirle adiós; después coger unos troncos, construir una balsa y marcharse para regresar a casa.

Ulises había llegado a la isla de Calipso agarrado a un pedazo de su nave, después de lograr escapar del vórtice de Caribdis, el monstruo que se traga el mar. Pero había perdido la nave y a todos sus hombres, y había flotado a la deriva durante días y noches hasta que por fin, exhausto, había llegado a la isla de Calipso.

La isla de Calipso estaba muy aislada en medio del mar, lejos de todo y de todos. Calipso era una diosa, una ninfa inmortal muy bella, pero también muy sola.

La isla de Calipso era como una isla del Caribe, con playas de arena blanca, sol, un mar azul y transparente y una casa bonita y fresca con un porche que daba al mar. Y Calipso era una mujer bellísima, la mujer más bella que hayáis visto jamás, más bella que las actrices de cine.

Como digo, pues, Ulises había llegado a esa isla, que era como las del Caribe, y había conocido a esa mujer tan bella como las actrices de cine, que se había enamorado de él y le había dicho que permaneciera con ella para siempre. Ulises nunca le había dicho que sí, pero se había quedado allí seis años. Y yo diría que se sentía bien con ella. Sí, decididamente, sí.

Queda añadir que cuando una mujer como Calipso dice «para siempre» quiere decir literalmente eso: para siempre. Me refiero a que le estaba ofreciendo la inmortalidad. Calipso haría inmortal a Ulises y por siempre joven si se quedaba con ella.

Ulises no aceptó jamás el ofrecimiento de Calipso, pero no se marchaba de allí. Dormían juntos cada noche. Y eran muy dulces las noches con Calipso, porque ella lo amaba; y Ulises, a su manera, también la amaba a ella.

Cada mañana, pues, desayunaban juntos, acariciados por una brisita marina que los refrescaba. Calipso le ofrecía a Ulises un poco de ambrosía, que es el alimento de los dioses y que, de haberlo tomado, lo habría vuelto inmortal. Pero Ulises rechazaba la ambrosía y tomaba pan con miel, un poco de requesón y leche de cabra.

Después se marchaba él solo hasta el mar y se sentaba sobre las rocas. Y el corazón se le llenaba de melancolía. A veces incluso lloraba.

Por supuesto pensaba en Penélope, en Telémaco, su hijo, y en su casa, allá en Ítaca. Pero sobre todo pensaba en el amor, y en lo que significaba amar a Calipso y amar a Penélope. Se preguntaba si era posible amarlas a las dos a la

vez. Miraba el mar, tan infinito y profundo, y era como si mirase en su interior, y se preguntaba qué quería en realidad. ¿Ambrosía o requesón?

La verdad es que Calipso hacía todo lo posible para que él no se marchara. Quiero decir que no lo ayudaba en absoluto. No quería perder a Ulises. Pero Ulises tampoco hacía nada por marcharse. Se quedaba ahí mirando el mar color vino, sintiéndose cada día más triste. A veces incluso lloraba. Y pensaba, pensaba y pensaba.

Ulises oyó el susurro de las alas de Hermes a su espalda y lo comprendió todo. En un instante tomó la decisión que llevaba seis años postergando. Se levantó y se dirigió a casa de Calipso.

Ulises sabía ahora que los dioses querían dejarlo marchar. Hay que saber reconocer a los dioses cuando vienen a comunicarnos algo.

Ulises había reconocido a Hermes; le había bastado oír el susurro de las alas de sus sandalias. Hermes había venido para decirle a Calipso que no retuviera más a Ulises, y para decirle a Ulises que dejara de llorar en lo alto de los acantilados y se decidiera de una vez por todas a regresar a su casa.

Y entonces Ulises se levantó, fue a construirse una balsa y se despidió para siempre de Calipso. Se despidieron durante toda la noche, porque él la quería de verdad. También Calipso lo quería de verdad, por eso le dio agua y provisiones e hizo que soplara un poderoso viento que lo empujara hacia su casa, surcando el mar color vino.

NAUSÍCAA

Ulises estaba agotado cuando llegó a la tierra de los feacios.

Llevaba dos días y dos noches nadando desesperadamente en medio de la tempestad, pugnando por mantenerse a flote. Y era casi un milagro que hubiera logrado llegar con vida a la orilla. Atenea, invisible, sonreía.

El hecho es que Poseidón, cuando regresó de la fiesta de los etíopes, al ver que Ulises se había marchado de la isla de Calipso a bordo de su balsa, se había puesto como una fiera y había desatado una tempestad tremenda para poder detenerlo.

Pero Ulises logró sobrevivir a la tempestad de Poseidón y, al llegar a la tierra de los feacios, se desplomó sobre la arena y al instante se quedó dormido.

Nausícaa en cambio descansaba en su cama, en palacio. Era la hija de Alcínoo, el rey de los feacios. Era una princesa muy joven y bonita, y aquella noche estaba soñando.

Si uno observase con atención su alcoba vería que en realidad había una figura justo al lado de la cama de Nausícaa. Era Atenea, la de los ojos resplandecientes, que le hablaba al oído.

Nausícaa estaba soñando con Diamante, un amigo suyo, que le decía que fuera a lavar la ropa al río, porque quizá había llegado ya el momento de casarse. Y no estaba bien que la sorprendieran a una con la ropa sucia.

A la mañana siguiente, Nausícaa se despertó bastante preocupada: esa historia de la boda y de la ropa sucia la inquietaba. Se presentó ante su padre, el rey, para pedirle permiso para ir al río, y después cargó el carro de ropa, sábanas, túnicas y mantos, y se marchó con todas sus sirvientas.

Lavaron y lavaron, luego extendieron la ropa al sol sobre la arena y probablemente cantaron, hicieron un poco el tonto y se divirtieron mucho. Después comieron algo y, mientras esperaban a que se secara la ropa, se pusieron a jugar a la pelota. Cuando empezaba a acercarse la hora de volver a casa, Nausícaa dijo que había que doblar y guardar la ropa, y le lanzó la pelota a una de las esclavas.

Pero entonces una repentina ráfaga de viento empujó la pelota justo en la dirección contraria y fue a parar al mar. Como os podréis imaginar, todas se pusieron a reír y a gritar, divertidas.

Ulises, que dormía justo allí detrás, se despertó. Atenea, invisible, sonreía.

Ulises se despertó preguntándose dónde habría ido a parar esta vez. Se asomó desde detrás de una duna y vio a un grupo de muchachas que reían, tratando de recuperar una pelota que había caído al agua. Vio también que entre estas había una joven mucho más bella que las demás. Era tan hermosa que parecía Artemisa, la del arco de plata. Se asemejaba a la diosa de la caza y de la Naturaleza que baila entre las ninfas del bosque.

Ulises en cambio tenía bastante mal aspecto: estaba desnudo, cubierto de sal y de algas, y tenía la barba y el cabello largos y sucios. Daba bastante miedo. A pesar de ello, cogió una rama con hojas, se cubrió con ella y se dirigió hacia las muchachas. Estas, no hace falta que os lo diga, echaron a correr despavoridas.

La verdad es que huyeron todas salvo Nausícaa. Quién sabe por qué, la princesa sentía una extraña fuerza en su interior, un valor insólito que la empujaba a dirigirse hacia aquel extranjero. Atenea, invisible, sonreía.

Ulises, en cambio, no sabía qué hacer. Con ese aspecto no era desde luego muy sensato echarse a los pies de aquella muchacha para pedirle hospitalidad. Ya era un milagro que no hubiese huido junto con las demás. Decidió que quizá fuera mejor tratar de conquistarla con palabras. Ser el más inteligente de todos los héroes significa sobre todo saber hablar bien, decir las cosas adecuadas en el momento apropiado.

—Señora, jamás he visto mujer más hermosa que tú. Me pregunto si serás mortal o bien una diosa. Te pareces a Artemisa, la del arco de plata.

Nausícaa, por supuesto, se quedó muy impresionada con los halagos de aquel náufrago. Tal vez había hecho bien en no huir, después de todo. Aunque estuviese sucio y desnudo, aunque fuese feo y maloliente, quizá fuera una buena persona.

Ulises le contó que era un náufrago y que los dioses se habían ensañado con él. Después le deseó que encontrara pronto un marido y una casa, pues eran las cosas más importantes.

También esta frase impresionó mucho a Nausícaa. Pensó que aquel hombre quizá fuera un príncipe venido desde muy lejos. Un príncipe en busca de una bella muchacha con la que casarse.

Nausícaa se armó de valor:

—Extranjero, no pareces ni loco, ni malvado —le dijo. Y, sabiendo muy bien que no se debe dar demasiada confianza a los desconocidos, añadió—: Los dioses te dan la suerte que tú puedes soportar. Ahora estás en la tierra de los feacios y recibirás la hospitalidad debida.

En ese momento ordenó a las esclavas que ofrecieran de comer al extranjero y le dieran ropa limpia. Ulises comió y bebió en abundancia. Cuando terminó, se alejó un poco para que no lo vieran mientras se lavaba y se vestía. Atenea, invisible, observaba la escena.

En verdad habría sido mejor que Ulises fuera más joven y apuesto de lo que en realidad era. Me explico: si uno quisiese que la princesa se enamorara de Ulises, y que el padre de la princesa le diera una nave y una escolta para llegar hasta Ítaca, habría sido mejor que Ulises fuese un poco más joven y más apuesto de lo que en realidad era.

Cuando volvió, lavado y perfumado, y con la túnica y el manto limpios, Ulises parecía un dios, un joven guerrero de veinte años. Era de verdad apuesto y fascinante. Nausícaa se enamoró de él casi al instante. Atenea, invisible, sonreía.

Nausícaa era bellísima, joven y muy amable. Tenía una sonrisa que iluminaba el corazón. Era lo más dulce que le había ocurrido a Ulises desde que había partido para la guerra. Quizá también por ello dejó que Nausícaa se

enamorase de él, aunque supiera perfectamente que no se quedaría con ella, que no la amaría jamás. Ulises ahora necesitaba la delicadeza de Nausícaa, y también la hospitalidad de su padre. Y Nausícaa quizá necesitara un rey venido de muy lejos para poder soñar con casarse con él.

Cuando, dos días después, Nausícaa descubrió que aquel extranjero era Ulises, el destructor de ciudades, el inventor del caballo de madera, que había escapado del cíclope y había amado a Circe y a Calipso, pensó que casarse con él era algo impensable. De modo que aguardó hasta poder ir al río de nuevo para esperar a un nuevo héroe.

Cuando se despidieron, Ulises le dijo que pensaría siempre en ella y que la recordaría como a una diosa, a ella, la bellísima muchacha que le había salvado la vida.

Nausícaa probablemente apaciguó su corazón, sabiendo que a veces los dioses nos encomiendan tareas que ni siquiera imaginábamos, y que lo importante es que no nos pillen desprevenidos. Pensó que su tarea había sido acoger a Ulises y que, de todas maneras, había resultado bonito amar en la playa a aquel hombre venido de muy lejos; y también había resultado bonito dejarlo marchar, surcando el mar color vino.

ATENEA

Ese poeta era francamente bueno. Estaba ahí, cantando, con la mirada perdida, y parecía que sus ojos ciegos estuvieran buscando quién sabe dónde el hilo de la historia que contaba. Era, sin duda alguna, el mejor poeta al que había escuchado cantar en su vida. Ulises se estaba emocionando.

«Un simple caballo enorme», decía el poeta, «nada más que un caballo enorme. Y la guerra terminó...».

Quizá no dijera estas palabras exactamente, pero la historia era esa. A Ulises le pareció que estaba de nuevo allí, en la playa frente a las murallas de Troya; le pareció oír de nuevo a Helena llamando con los nudillos sobre la madera del caballo y recordó su temor de que los descubrieran.

Ulises no logró contener las lágrimas, trató de ocultar su rostro tras el manto, pero Alcínoo se dio cuenta y lo desenmascaró.

Ulises había llegado hasta el palacio del rey Alcínoo sin que lo reconociera nadie. Una niebla lo había cubierto, volviéndolo casi invisible. Una vez en el interior de la sala del trono, la niebla se había disipado y él se había presentado ante el rey y la reina. Atenea, una vez más, sonreía satisfecha.

Por supuesto, desde que había llegado, exhausto, a la tierra de los feacios, había sido Atenea quien había protegido a Ulises. Atenea había hecho que la joven Nausícaa soñara con su amigo Diamante que le decía que fuera al río. Y luego, en la playa, Atenea la había empujado a recibir a aquel extranjero tan sucio y tan feo. Atenea había hecho que Ulises pareciera más apuesto y fascinante, y también que Nausícaa lo acogiera y lo invitara al palacio de su padre. Después, había envuelto a Ulises en una niebla para que nadie lo

detuviese mientras se dirigía al palacio del rey. Ahora Atenea observaba la escena. Ya nada podía interponerse: Ulises regresaría a casa. Los dioses así lo habían decidido y Atenea lo estaba protegiendo.

Atenea quería a Ulises de una manera que no resulta fácil de explicar. Lo quería porque Ulises era como ella, y porque él era consciente de esa semejanza.

Cuando de niño escuchaba las historias de los dioses, se emocionaba siempre que se hablaba de Atenea. Desde pequeño había comprendido que ella era su diosa preferida. Y él se parecía a Atenea, lo sentía. Por ello había aprendido a reconocerla. Al escuchar los relatos enseguida se daba cuenta de cuándo estaba a punto de aparecer Atenea, la de los ojos resplandecientes. Y, ya de mayor, había aprendido a ofrecerle los tributos que la diosa merecía.

Por todo ello quería Atenea a Ulises, y por todo ello también lo estaba ayudando más de lo que un dios hubiera ayudado nunca a un mortal.

Se había esforzado para que la joven Nausícaa se enamorase de él y lo llevase ante su padre, convenciendo después al rey de que le diera una nave y hombres para regresar a Ítaca. Ulises, una vez más, se había disfrazado.

Alcínoo, el rey, se había mostrado en efecto muy hospitalario, había mandado preparar un banquete y había llamado a ese poeta para que cantara sus historias y les amenizara la cena.

Ya la noche anterior el poeta les había recitado versos sobre la guerra de Troya, y Ulises se había emocionado al oír hablar de sus compañeros. Había estado a punto de desvelar su identidad, pero había logrado disimular su emoción.

Después, al día siguiente, Alcínoo había preparado pruebas y competiciones en honor de su huésped.

Alcínoo había comprendido que aquel extranjero debía de ser importante, por eso estaba organizando todas esas fiestas, banquetes y competiciones. Quizá se casara con su hija Nausícaa.

También durante las competiciones ayudó Atenea a Ulises. Uno de los hijos de Alcínoo se había irritado un poco al ver a ese extranjero que, venido de quién sabe dónde, enamoraba a su hermana, recibía tantos honores y no desvelaba su verdadera identidad. Por eso, y de una manera, a decir verdad,

un poco grosera, lo desafió a ver quién lanzaba el disco más lejos. Ulises era mucho más viejo que el joven príncipe y nunca habría logrado vencerlo. Pero también esta vez Atenea acudió en ayuda de Ulises: le dio fuerza y le hizo ganar la prueba.

Alcínoo organizó un nuevo banquete y llamó una vez más al poeta para que les contase alguna otra historia.

El poeta les habló de Afrodita, la diosa de la belleza; de cuando se enamoró de Ares, el dios de la guerra, y de cómo Hefesto, dios del fuego, a punto estuvo de perder la razón por culpa de los celos. Una historia muy emocionante. Después volvió a contarles la gesta de los héroes durante el asedio de Troya.

Esta vez Ulises no logró contener las lágrimas y Alcínoo, el rey, se dio cuenta de ello.

La verdad es que fue muy discreto: no montó ningún numerito.

—Sé quién eres —se limitó a decir.

Ulises entendió que no podía seguir escondiéndose y empleó el arma que mejor dominaba, aparte de disfrazarse, claro: la palabra.

Inclinó la cabeza, pidió a Apolo, dios de los poetas, que lo bendijera y, mirando al suelo, empezó a relatar su viaje, su largo periplo surcando el mar color vino.

PENÉLOPE

En cuanto a Penélope, nunca había dejado de esperar. Sentada junto a la ventana de su habitación, cosía. En realidad avanzaba poco en su labor. Se distraía sin parar, contemplando el mar color vino. Por otra parte, tampoco progresaba mucho con el manto que llevaba tanto tiempo tejiendo. Pero no importaba, así habría tenido que destejer menos durante la noche.

Penélope se preguntaba qué significa amar a una persona a la que no se ve desde hace veinte años. A decir verdad, ni siquiera resulta fácil imaginárselo.

Sin embargo, hacía veinte años que Penélope seguía amando a Ulises como si nunca se hubiera marchado. Como si de un momento a otro pudiera entrar en su habitación, tumbarse en la cama de olivo y empezar a contarle lo que había ocurrido en Ítaca durante el día.

Penélope se dio la vuelta para contemplar la cama. Ulises la había tallado en un tronco de olivo. Había cogido aquel olivo milenario, le había podado las ramas y había esculpido la cama en el tronco. Quiero decir que no había cortado el olivo: había construido la cama dentro del tronco del árbol, que seguía arraigado en la tierra. Después, alrededor de la cama había construido su habitación, y alrededor de la habitación, la casa.

Penélope se dirigió hacia el gran telar que dominaba la mitad del dormitorio.

Ahí estaba su amor por Ulises: en ese manto.

Penélope había hecho un juramento con respecto a aquel manto.

El hecho es que ahora, en su casa, había un montón de príncipes que habían venido de las islas vecinas para casarse con ella y ocupar el trono de Ítaca. Ulises se había marchado hacía veinte años y aún no había regresado, por lo

que lo más seguro es que hubiera muerto.

Por lo tanto la reina debía encontrar un nuevo rey. Como Penélope no tenía la más mínima intención de casarse con uno de estos príncipes, seguía aplazando su decisión. Y había ideado una estratagema. No en vano era la esposa de Ulises...

Había empezado a tejer un manto y había declarado que elegiría al nuevo rey y, por lo tanto, al nuevo marido, solo cuando hubiera terminado de tejer aquel manto.

Por supuesto todos saben que, por la noche, Penélope deshacía lo que había tejido durante el día, para no terminar jamás y seguir aplazando su decisión. Pero no se trataba solo de eso.

Quiero decir que la estratagema de Penélope no era solo una manera de mantener a distancia a los príncipes de las islas vecinas. El truco de Penélope servía sobre todo para mantener intacto su amor por Ulises.

Lo que había prometido Penélope era verdad: ella elegiría marido cuando el manto estuviese terminado.

Solo que ya hacía tiempo que había elegido marido: era Ulises. De modo que el manto debía esperar todavía un poco antes de quedar terminado.

Al menos hasta el regreso de Ulises.

Penélope había aprendido que el amor es sobre todo una cuestión de espera. Y el problema nunca es cuánto durará la espera.

Amar a una persona significa saber esperarla, incluso a costa de inventarse un manto que tejer hasta que concluya la espera. El manto te puede ayudar a mantener la mirada siempre fija en la dirección adecuada.

Penélope oyó llamar a la puerta.

—Adelante —dijo. Y una vez más volvió a mirar por la ventana, hacia el puerto de Ítaca que se abría sobre el mar color vino.

**NUNCA HABÍA DEJADO DE
ESPERAR**

PENÉLOPE

Penélope nunca había dejado de esperar. Y ahora estaba en su habitación, cosiendo y contemplando el mar color vino desde la ventana. Pero se distraía una y otra vez. Aunque ya poco importaba, pues sabía que el truco de tejer y destejer el manto terminaría pronto.

Penélope oyó llamar a la puerta.

—Adelante —dijo.

Era una de sus sirvientas.

La había mandado llamar porque había oído un gran estruendo que provenía del piso de abajo, de la sala de banquetes. Quería saber qué estaba ocurriendo.

La sirvienta le había hablado de un extranjero, un mendigo que había llegado al palacio aquella mañana. Los pretendientes se habían burlado de él y lo habían maltratado. Alguien incluso le había tirado un taburete, pero él había logrado esquivarlo.

Penélope no se enfadaba casi nunca. Era una mujer muy paciente y tranquila, parecía poder aceptar cualquier cosa. Incluso que unos príncipes venidos de las islas vecinas para pedir su mano se hubieran instalado en su casa desde hacía tres años y estuvieran despilfarrando todas sus riquezas. Pero que tratasen mal a un huésped, eso sí que no se podía tolerar. Penélope se preguntó cómo era posible que Telémaco lo hubiera permitido. Telémaco era su hijo, el príncipe. Podía ocurrir cualquier cosa, menos que se maltratara a un huésped.

Mandó llamar a Eumeo.

Penélope sabía que podía fiarse de Eumeo. Era el guardián de los cerdos.

Sí, quiero decir que era el que los criaba, el que les daba de comer. No era una cosa sin importancia: hoy en día sería como el que tiene las llaves de la cocina. Pues bien, Eumeo era una buena persona, un hombre justo. Y además, era él quien había traído a aquel extranjero a palacio. Penélope pensaba decirle que quería conocerlo.

En realidad quería aprovechar la oportunidad para preguntarle al extranjero si por casualidad tenía noticias de Ulises. Ahora más que nunca, Penélope debía saber si Ulises seguía vivo. Es decir, debía tener la certeza de que no estaba muerto.

El hecho es que Telémaco, el príncipe, había decidido que ya no se podía seguir así. Me refiero a los pretendientes, que seguían despilfarrando sus bienes, y todo porque Penélope no terminaba su manto y no tomaba ninguna decisión. Mientras tanto, los príncipes seguían comiéndose sus cerdos, los que criaba Eumeo, y bebiéndose todo su vino.

Por eso Telémaco le había dicho a su madre que había llegado el momento de casarse. Debía elegir a uno de los pretendientes. Así los demás por fin dejarían de molestarlos.

Penélope ya no entendía a su hijo. Desde que había vuelto de su viaje, parecía cambiado: había crecido, ahora sin duda alguna era más valiente y más decidido. Pero a Penélope le parecía que Telémaco también se había vuelto un poco malvado.

Desde luego, para Telémaco no debía de haber sido fácil pasarse la vida esperando. Esperando a su padre, quiero decir.

También es cierto que, de alguna manera, todo niño espera el regreso de su padre. Quizá no espere veinte años, pero sí largas tardes, y a veces semanas enteras. Por otra parte, todos los padres se marchan, viajan. O simplemente se encierran en una habitación en la que no se puede entrar, y los hijos terminan por no verlos mucho. Y esperan.

Hasta que los hijos crecen, y entonces van en busca de su padre. Se reúnen con él en algún lugar lejano, o sencillamente se arman de valor y van a buscarlo a esa habitación donde se suele encerrar. Llaman a la puerta y entran en el mundo de los adultos.

Telémaco en efecto se había marchado y había recorrido medio mar

Mediterráneo preguntando por su padre, Ulises. De esta manera se había hecho mayor. Y, desde que había vuelto, Penélope ya no acertaba a entender del todo al joven príncipe.

Telémaco había ordenado que Penélope tomara una determinación, y ella había decidido que antes debía al menos preguntarle al extranjero si por casualidad tenía noticias de Ulises.

Eumeo le dijo que sí, que en efecto aquel extranjero era un buen hombre, que venía de Creta y que lo había conocido el día anterior. Lo había recibido en su casa, habían comido juntos un riquísimo cochinillo asado, habían bebido algo de vino y se habían pasado el resto de la velada charlando. Eumeo le dijo también que sí, en efecto, el extranjero le había contado que había conocido a Ulises pocos meses antes. Pero Eumeo no sabía si uno podía fiarse de verdad de lo que contaba aquel viajero.

Penélope, que en realidad no podía contener su impaciencia, le pidió a Eumeo que llamara al extranjero. Le dijo también que le regalaría un manto, un par de sandalias nuevas y un cayado para su viaje. Eumeo bajó a llamarlo.

Cuando Penélope vio a aquel hombre, enseguida le resultó simpático. O quizá no fuera simpatía lo que sentía en su interior, pero no alcanzaba a comprender la naturaleza de su sentimiento.

El extranjero no había acudido a verla cuando lo había mandado llamar, había hecho esperar bastante a la reina. Vamos a ver, no lo había hecho por mala educación, sino porque temía que los pretendientes volvieran a tomarla con él. No era muy normal que un mendigo cualquiera fuera a hablar con la reina, cuando ellos llevaban tres años esperando a que se les permitiera siquiera acercarse a ella. Por eso el mendigo había mandado decir a Penélope que aguardara hasta que los príncipes se hubieran ido a dormir.

Penélope había esperado hasta el crepúsculo, y al final había bajado a la sala del trono acompañada de Euriclea, la vieja nodriza de Ulises y de Telémaco.

El mendigo se dirigió hacia ella y se arrodilló. Aunque ella le dijo que se levantara, él siguió con la mirada fija en el suelo.

Pero Penélope debía mirarlo a los ojos. Quería saber si la historia que había contado Eumeo era cierta. Quería saber si de verdad Ulises seguía vivo.

Y la única forma que tenía de saber si aquel hombre mentía era mirarlo a los ojos y que le contara él mismo en persona toda la historia.

—Me dicen que tienes noticias de Ulises —dijo Penélope—. Me dicen que puedes hablarme de cuando lo conociste.

Él alzó la cabeza y miró a la reina.

Penélope sintió un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal. No acertaba a comprender lo que le estaba ocurriendo.

En aquellos ojos había visto una belleza profunda y una luz misteriosa, casi oculta. Y también había visto en ellos un largo viaje, un viaje surcando el mar color vino.

LA NODRIZA EURICLEA

Euriclea había empezado a desatarle las sandalias al extranjero para lavarle los pies, y le había dado la sensación de que el hombre tenía miedo. Euriclea era ya vieja, pero no era tonta. Y sobre todo, su sexto sentido de nodriza seguía funcionando muy bien. Y este sexto sentido suyo ahora le decía que aquel mendigo trataba de ocultarle algo.

El extranjero era un hombre bastante viejo, aunque en realidad había demostrado ser mucho más fuerte de lo que aparentaba. Aquella misma tarde, por ejemplo, Iro lo había maltratado y él había respondido a la provocación: habían luchado y el joven presuntuoso había salido muy mal parado.

Iro era también un mendigo, de los que siempre van a palacio para rebuscar entre los restos de los banquetes. Aquel día se había encontrado con este viejo pordiosero y lo había provocado, diciéndole que debía marcharse, que solo él tenía derecho a pedir limosna allí y que, si no se iba, le pegaría.

No había sido una buena idea.

En realidad, hasta ese momento el extranjero parecía un tipo bastante tranquilo. Por lo menos a juzgar por cómo había reaccionado a la prepotencia de los pretendientes. Lo habían maltratado, uno incluso le había tirado un taburete encima; y él no había hecho nada.

Con Iro, en cambio, las cosas habían sido diferentes. El extranjero había aceptado luchar, Iro había recibido su merecido y se había marchado. Pero lo que había dejado a todos muy sorprendidos era la fuerza que el extranjero escondía bajo aquel cuerpo de anciano.

Pero Euriclea había notado que algo no encajaba, antes incluso de empezar

a lavarle los pies. Es decir, ya cuando el extranjero había empezado a hablar con Penélope y le había contado cómo había conocido a Ulises. Según decía, lo había encontrado en la tierra de los tesprotos y este le había contado que se disponía a regresar a Ítaca.

Euriclea, a decir verdad, no había pensado en que el extranjero estuviese mintiendo. No, no se trataba de eso. Más bien le había parecido que cuando hablaba de Ulises, el extranjero en realidad hablaba de sí mismo. Pero no era más que una sensación.

De cualquier modo, Euriclea hizo lo que le había ordenado Penélope y empezó a lavarle los pies y luego las pantorrillas. Y, de pronto, cuando le pasó la mano por el muslo, lo entendió todo.

Sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Después se volvió hacia Penélope para decirle lo que acababa de adivinar, pero el extranjero se lo impidió, rodeándole el cuello con el brazo para detenerla.

Euriclea se dio la vuelta, lo miró a los ojos y vio que era Ulises. Había regresado.

Mientras lavaba al extranjero, por mucho que este tratase de permanecer en la oscuridad para que nadie lo viera, Euriclea le había pasado la mano por el muslo y había notado una gran cicatriz. Ella, que había visto crecer a Ulises, lo conocía tan bien que habría sabido identificar, incluso con los ojos cerrados, cualquier señal sobre su cuerpo. Y, por lo tanto, también conocía la historia de aquella cicatriz.

Nada más nacer Ulises, su madre había mandado llamar al abuelo, su padre, para que conociera al nuevo nieto y le diera un nombre.

Autólico, el abuelo de Ulises, era un ladrón, y quizá por eso no era muy apreciado. Pese a todo acudió para conocer a su nieto. Cuando se trató de darle un nombre, decidió que habría de llamarse Ulises.

—Será astuto —dijo Autólico mirando a su nieto—, este niño será sensato y paciente, pero sobre todo astuto. Como yo, a quien la gente odia. Lo llamaremos Ulises.

Esto lo decía porque en griego Ulises se dice Odiseo, que suena muy parecido a *odùsomai*, que significa «ser odioso».

Como no le había dado un nombre muy bonito que digamos, el abuelo

anunció también que, cuando fuera mayor, Ulises podía ir a visitarlo y que entonces le daría muchos regalos. Cuando creció lo suficiente, Ulises fue a buscar los regalos prometidos.

El abuelo cumplió su promesa, pero antes llevó a Ulises a cazar al monte Parnaso. Como todo el mundo sabe, llega un momento en que todos los abuelos tienen que enseñarles algo a sus nietos. Es otra de las formas que tiene un niño de hacerse mayor: ir en busca de su padre, o de caza con su abuelo.

Bueno, el caso es que durante esa partida de caza, Ulises, que era aún pequeño, fue herido por un jabalí. Después, sin embargo, logró matar al animal. El abuelo se sintió muy orgulloso de él y lo mandó de vuelta a Ítaca con un montón de regalos.

De modo que Euriclea sabía de dónde venía esa cicatriz, y sabía también que ese extranjero era en realidad Ulises.

Este había logrado convencerla de no revelar su secreto. Era importantísimo que nadie lo reconociera.

Mientras, Atenea había distraído a Penélope, que no se había enterado de nada. La reina después había retomado su conversación con el extranjero, y le había dicho que había tenido un sueño en el que salían muchas ocas y un águila que bajaba del cielo para matarlas a todas. Había sido un sueño muy angustiioso y Penélope se había asustado.

Había decidido, quizá a causa del sueño, que al día siguiente elegiría al príncipe con el que iba a casarse. Ulises, esto es, el extranjero, había tratado de convencerla de esperar un poco más, pero no lo había conseguido.

Es más, Penélope había decidido que establecería una prueba. Mandaría colocar doce hachas del revés sobre la mesa, doce hachas de las que se emplean para cortar leña. Cada una tenía un agujero en el mango, que servía para colgarla de la pared. Pues bien: ella se casaría solo con aquel que lograra hacer pasar una flecha a través de los doce agujeros de los mangos, puestos en fila uno detrás de otro. Pero la prueba debía hacerse con el arco de Ulises. Era un arco muy grande: sería necesaria una fuerza enorme para lograr tensarlo.

El extranjero se despidió de la reina y salió del palacio para reflexionar sobre su venganza mientras contemplaba el mar color vino.

LA PRUEBA DEL ARCO

Ulises tensó el arco y la madera crujió. Después, con la mano derecha pellizó la cuerda para ver si estaba bien tirante: emitió un bonito sonido, similar al canto de una golondrina. Ulises inclinó la cabeza y rezó a Apolo, el dios de la luz y de la muerte repentina, el más poderoso de todos los hijos de Zeus. Rezó para que el arco no se rompiera, para que la flecha describiera una línea recta y atravesara los agujeros practicados en el mango de las doce hachas.

Ulises disparó.

Los pretendientes, reunidos a su alrededor, contenían la respiración. Estaban muy sorprendidos, sobre todo por el hecho de que aquel viejo mendigo hubiera logrado tensar un arco tan grande y tan duro.

Ellos ya habían probado suerte, pero ninguno lo había conseguido. Por supuesto, si hubiesen podido elegir, no habrían permitido que el mendigo lo intentara, porque temían que Penélope lo eligiera a él. Ellos llevaban allí tres años haciéndole la corte, ¿y ahora iba a resultar que ella terminaba casándose con un pordiosero cualquiera? Un mendigo sucio, maloliente, asqueroso y...

En efecto, habían soltado unas cuantas palabrotas cuando el extranjero había pedido permiso para tensar el arco. Lo habían insultado, intentando intimidarlo. Habían amenazado incluso a Eumeo, ordenándole que no le trajera el arco.

Pero Penélope había dicho que le dejaran intentarlo. Y también Telémaco, el príncipe, había insistido en que le dieran el arco. Y lo había declarado con cierta dureza, algo que había sorprendido a todo el mundo.

Los pretendientes no habían podido impedirlo. En realidad no entendían

muy bien lo que estaba ocurriendo. Durante tres años habían hecho lo que les había venido en gana, comiendo y bebiendo manjares que no eran suyos. Habían atormentado a las esclavas y maltratado a todo el que no perteneciera a su grupo. Durante tres años los pretendientes no habían hecho nada en todo el día, consiguiendo cuanto se les antojaba. Ahora tenían la barriga tan llena, estaban tan acostumbrados a obtener todo lo que querían y a aprovecharse de los demás, que no alcanzaban siquiera a imaginar que algo pudiera salirles mal.

La reina había establecido la prueba y ellos se estaban preparando para participar. Uno de ellos, no cabía duda, se convertiría en el nuevo marido de Penélope. Estaban tan seguros de ello que no se dieron cuenta de nada.

No se dieron cuenta de que cuando Telémaco, el joven príncipe, había tratado de tensar el arco, al tercer intento había estado a punto de conseguirlo. Tampoco repararon en que el extranjero entonces lo había mirado y él había dejado de intentarlo.

No oyeron el consejo de Leodes, un adivino amigo suyo, que había sido el primero en tratar de tensar el arco y, por supuesto, no lo había logrado. Pero, al tocar el arco, había percibido el peligro, había entendido que el arma estaba a punto de traer desgracias y muerte. Había avisado a sus compañeros, pero ellos no lo habían escuchado.

El caso es que, uno tras otro, todos los pretendientes habían tratado de tensar el arco. Pero, uno tras otro, habían tenido que desistir de su empeño. Ninguno de ellos había tenido éxito.

Al final le había llegado el turno al más fuerte, Antinoo. De entre todos, era el que más había maltratado a las sirvientas, a Telémaco y a los esclavos. Él era el que había pegado al extranjero y le había tirado encima un taburete.

Antinoo había dicho que como solo quedaba él por participar, podían interrumpir la prueba y seguir con el banquete. Él tiraría al día siguiente.

Todos habían aceptado su propuesta.

Ahora que Antinoo estaba seguro de tener la victoria al alcance de la mano, podía relajarse y disfrutar de su triunfo.

Pero el extranjero había pedido permiso para tirar él también. Al principio

habían protestado mucho, pero no habían logrado impedirselo. Y este, sin ponerse en pie siquiera, había tensado el arco.

Antinoos lo miraba perplejo, más sorprendido que preocupado. Seguía sin comprender, seguía sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

No se había dado cuenta de que Telémaco le había dicho a la reina Penélope que se alejara. Y tampoco se había fijado en que Eumeo, el porquero, y Euriclea, la nodriza, habían cerrado todas las puertas y habían corrido los cerrojos. Y no había reparado tampoco en que habían quitado todas las armas que adornaban las paredes de la gran sala.

El extranjero, mientras tanto, había tirado, y la flecha había atravesado los agujeros de las doce hachas y se había clavado en la pared.

Un murmullo de voces había acogido la hazaña y después el extranjero se había vuelto hacia Telémaco, el príncipe, y le había propuesto un brindis. Había dicho que ahora podían retomar los festejos.

Hacía tres años que los pretendientes no dejaban de celebrar festejos. De modo que Antinoos había alzado su copa también esta vez, en un gesto casi automático. No se había dado cuenta de que, mientras tanto, Telémaco había ido a reunirse con el extranjero, se había puesto el yelmo y había tomado una lanza. Apenas había alcanzado Antinoos a ver que el extranjero se había colocado delante de la puerta, había cogido otra flecha y lo estaba apuntando con el arco.

Ulises tensó el arco por segunda vez y tomó como blanco la cabeza de Antinoos. Rezó de nuevo a Apolo, y esta vez rezó también a Atenea, porque sabía que estaba a punto de empezar una batalla. Acto seguido tiró.

La flecha atravesó de lado a lado la garganta de Antinoos. Su sangre salió a borbotones, salpicándolo todo.

Había empezado la matanza.

Una tras otra, Ulises disparó todas sus flechas, matando con cada tiro a uno de los pretendientes. Después Telémaco le tendió una espada, el yelmo y un escudo, y juntos se pusieron a luchar cuerpo a cuerpo contra los que quedaban. Empezó a correr la sangre y a empapar el suelo de la sala, tiñéndolo de rojo. Un rojo oscuro, más oscuro que el mar color vino.

EL PERRO ARGOS

Ahora sí que todo había terminado. Ulises dejó caer su lanza y también su espada. Había sangre por todas partes. Él mismo estaba manchado de los pies a la cabeza de la sangre de sus enemigos. Pero ahora la batalla había concluido de verdad, y también su viaje. Por fin podía desprenderse de su disfraz.

Ahora podía apropiarse de nuevo de su casa, de su rostro y de su nombre. Y abrazar a Penélope, su esposa.

Desde que había llegado a Ítaca, hacía dos días, Ulises no había hecho más que disfrazarse y hacerse pasar por otro. Al final, apenas sabía ya quién era de tanto representar el papel del viejo mendigo.

Había fingido con su mujer, Penélope; con su hijo Telémaco; con el porquero, y con su vieja nodriza. Había fingido incluso con Atenea, la diosa de los ojos resplandecientes, y con su perro, Argos.

Había llegado a la isla y Atenea se había dirigido a él bajo la apariencia de un muchacho. Había sido todo bastante divertido porque Atenea había tratado de engañar a Ulises, y este a su vez había tratado de engañarla a ella. Por supuesto, de haber sabido que aquel joven era la diosa de la inteligencia y de la estrategia, Ulises no le habría mentado. No le habría dicho que era un cretense que había ido a parar a Ítaca por casualidad. Por supuesto, Atenea sabía perfectamente que aquel hombre era Ulises, a pesar de las mentiras que le estaba contando. Pero no se lo había tomado a mal. Al contrario, había apreciado la prudencia del héroe; el hecho de que no hubiera corrido a su casa a abrazar a su mujer y a su hijo. Eso era precisamente lo que le gustaba de

Ulises: su paciencia, su prudencia y su sensatez.

Pasado un tiempo, la diosa de los ojos resplandecientes había dejado que Ulises la reconociera. Y juntos habían trazado un plan para vengarse de los pretendientes.

El ardid que habían pensado los dos era el mismo al que había recurrido Ulises nada más llegar a Ítaca: esconderse, disfrazarse.

Ulises volvería a su casa haciéndose pasar por otro. Así podría averiguar, por ejemplo, quiénes eran los sirvientes que no lo habían traicionado y con los que podía contar. Vería también de quién podía fiarse, y conocería mejor a esos pretendientes que llevaban tres años despilfarrando sus bienes y que trataban de arrebatarse a su esposa.

Se infiltraría entre ellos mediante el engaño, fingiendo ser un mendigo. Después, en el momento culminante, cuando ellos menos se lo esperasen, los mataría a todos. Uno por uno; uno tras otro.

La treta de Ulises funcionó casi a la perfección. Consiguió engañar a Eumeo, el porquero, y también a Telémaco, su hijo. Consiguió confundir a Penélope y, por poco, también a la nodriza Euriclea, de no haber sido por la cicatriz que tenía en el muslo. Por supuesto logró engañar a todos los pretendientes, los sirvientes y los esclavos del palacio.

El único al que Ulises no consiguió engañar, ni siquiera un poquito, ni siquiera al principio, fue a Argos, su perro.

Argos estaba fuera, a la entrada del palacio, no se sabe desde cuándo. Estaba allí un poco apartado, tumbado sobre el estiércol y el cieno, o lo que es lo mismo, sobre un montón de caca de vaca y de buey. Los pretendientes siempre lo habían maltratado y él no quería que se le acercara nadie. Se había quedado ahí fuera esperando el regreso de su amo. Ya era viejo y el pobre no tenía muy buen aspecto.

Cuando Ulises llegó, disfrazado de mendigo, Argos lo reconoció enseguida, meneó débilmente la cola, gimió y por fin se dejó morir. Su amo había regresado.

Ulises se emocionó y ladeó la cabeza para que nadie viera que por su mejilla resbalaba una lágrima, triste y salada como el mar color vino.

LA CAMA DE OLIVO

Después de matar a todos los pretendientes, Ulises sabía bien que ahora vendrían a Ítaca los parientes de los príncipes y tratarían de vengar su muerte. Por lo tanto se preparó para la batalla. Pero también sabía que Atenea, la diosa de la guerra, lo protegería.

Pero antes de aquella batalla, Ulises debía hacer dos cosas: ir a ver a su esposa y después a su padre.

Desde que habían llegado los pretendientes, Laertes, el viejo rey de Ítaca y padre de Ulises, se había retirado a cultivar su huerto. Ya no vivía en el palacio real porque no aguantaba estar cerca de esos usurpadores. Era bastante viejo, Laertes, y ya no tenía fuerzas, no habría podido echarlos a todos como le hubiera gustado. Por eso había preferido marcharse él y se había refugiado en su huerto.

Era un huerto muy hermoso que había plantado él mismo cuando Ulises era todavía un niño. Laertes le había regalado a su hijo todos aquellos árboles frutales. Padre e hijo iban allí a menudo, paseaban por el huerto, y Laertes enseñaba a Ulises el nombre de los árboles.

Para Laertes, cuidar de aquel huerto, mantenerlo en orden y cultivarlo, era como cuidar de Ulises, mientras esperaba su regreso.

Ulises había decidido que se presentaría ante Laertes y se pondría a hablar con el anciano. No le diría enseguida que era su hijo, esperaría un poco, para dejarle el tiempo de que se fuera acostumbrando a la idea. Y para que lo reconociera le enseñaría la cicatriz que le había hecho el jabalí en la pierna; también le diría cuántos árboles había en el huerto, recordando las veces en

que él lo llevaba allí y le enseñaba los nombres de los árboles.

«Diez manzanos, trece perales, cuarenta higueras y cincuenta hileras de vides que maduran en momentos distintos».

Diciéndole esto, su padre lo reconocería, y Ulises volvería a abrazarlo.

Pero antes de nada estaba Penélope.

Es extraño el amor. Penélope llevaba veinte años esperando el regreso de Ulises y ahora que había vuelto, ahora que la nodriza Euriclea había venido a decirle que el rey de Ítaca estaba en casa y había matado a todos los pretendientes, no se lo creía.

No es que no se lo creyera, lo que ocurre es que durante veinte años había venido todo tipo de gente diciendo que Ulises había muerto, que se tenía que casar con otro, que su marido ya nunca volvería. Y Penélope no lo había creído, no había creído a nadie. Había seguido tejiendo su manto y esperando. Llevaba veinte años esperando. No es fácil esperar veinte años, pero al final uno se acostumbra. Uno se acostumbra a esperar y a ser receloso.

De modo que cuando vio a aquel hombre, que además era el extranjero que la noche anterior había querido participar también en la competición del arco y que ahora todos decían que era Ulises, decidió ponerlo a prueba.

No es que no se fiara de lo que le decían Telémaco, la nodriza o Eumeo, el porquero. No. No se fiaba de sí misma. ¿Cómo podía decirle a su corazón que Ulises había vuelto para después tener quizá que convencerlo de nuevo de que no era verdad, que Ulises ya no estaba? No habría podido soportarlo.

En su corazón solo había lugar para un hombre, pero ese hombre tenía que ser de verdad Ulises.

—Pues entonces —había dicho Penélope—, moved mi cama, sacadla de mi habitación, para que este hombre pueda dormir en ella esta noche.

—Claro, movedla si podéis —había dicho sonriendo Ulises—, pero no creo que lo consigáis. Esa cama está esculpida en un tronco de olivo que tiene aún las raíces en la tierra. Nadie puede moverla.

Y mientras Ulises hablaba, Penélope lo miraba y se le nublaba la vista. Unos gruesos lagrimones le inundaban los ojos y no le dejaban ver con claridad.

Y es que había deseado tanto que aquel hombre fuera de verdad Ulises, lo

había deseado con todo su corazón. Y cuando había empezado a hablar, ella sentía que habría contestado así. Y Penélope se emocionó, como hacía muchísimo tiempo que no le ocurría.

Miró a Ulises y se quedó inmóvil, para poder contemplarlo un rato, y otro rato.

Ulises fue hasta ella y le acarició la mejilla.

—Amor mío —dijo, y después se acercó al rostro de Penélope, besó aquellas lágrimas y le besó también los labios—. Amor mío —repitió Ulises —, he vuelto a casa.

Después fue a ver a Laertes y dejó que este lo reconociera.

A continuación estalló la batalla contra los parientes de los príncipes, al término de la cual Atenea estableció la paz. Ulises por fin volvió a ser el rey de Ítaca.

Al día siguiente Ulises y Penélope se despertaron, desayunaron juntos y se fueron a dar un paseo. Ahora todo era increíblemente hermoso y lleno de paz. Ulises se sintió como si nunca se hubiera marchado. Sintió también que amaba a Penélope como el primer día, como la había amado siempre. Sintió que no había derrotado a mil monstruos, que no había amado a otras mujeres, que no había naufragado mil veces en tierras desconocidas. Caminando, Ulises y Penélope llegaron hasta el acantilado y se detuvieron para contemplar el mar.

Ulises miraba y pensaba en lo que habría al final del mar. Pensaba en que quizá no hubiera final, en que quizá el mundo continuara al otro lado del horizonte. Pensaba en que quizá hubiera mar y más mar, y después del mar otros puertos desconocidos donde atracar.

—¿En qué piensas? —le preguntó Penélope.

—En nada —contestó Ulises, pero su mirada se perdía en el infinito, allí donde se yerguen las columnas de Hércules que dominan el mar color vino.